

CONSIDERACIONES SOBRE LA SITUACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LA REPÚBLICA MEXICANA, EN EL AÑO 1847

INTRODUCCIÓN

El hecho de que un ejército extranjero de diez o doce mil hombres haya penetrado desde Veracruz hasta la capital de la república, y que, con excepción del bombardeo de aquel puerto, la acción de Cerro-gordo y los pequeños encuentros que tuvo con las tropas mexicanas en las inmediaciones de la misma capital, puede decirse que no ha hallado enemigos con quien combatir en su largo tránsito al atravesar tres de los más importantes y poblados Estados de la federación mexicana con más de dos millones de habitantes, es un acontecimiento de tal naturaleza, que no puede menos de dar lugar a las más serias reflexiones.

Los hombres ligeros, los que para juzgar de los sucesos se atienen únicamente a los hechos, sin entrar al examen de las causas que los producen, incurren ordinariamente en graves errores. No es extraño por esto el que, como ya hemos visto en algunos periódicos extranjeros, se califique al pueblo mexicano como un pueblo afeminado, y *como una raza degenerada, que no ha sabido gobernarse ni defenderse.*

Pero el hombre pensador que, no contento con admirar los efectos que se le presentan a la vista, procura indagar las causas de que proceden, hallará fácilmente en México los verdaderos motivos por los cuales este pueblo, lejos de tomar una parte activa en la lucha actual, permanece, por decirlo así, de frío espectador de la contienda. Una vez hallados esos motivos, solo la más ciega parcialidad puede empeñarse en pretender que sean defectos especiales de la raza mexicana, los que no son sino forzosos resultados de ciertas y determinadas causas.

El objeto que nos proponemos en este escrito es el de presentar con la mayor claridad posible los elementos viciosos y heterogéneos de que se compone la sociedad de la república mexicana, por ser este sin duda el mejor camino para demostrar las verdaderas y únicas causas que le han conducido a la decadencia y postración en que se halla. Con tal demostración, esperamos que desaparecerán esos errores que oímos aun en boca de personas ilustradas, atribuyendo a especialidades de la raza mexicana defectos que son comunes a la especie humana.

En la desgracia, las naciones como los individuos, son el blanco de todo género de calumnias y desprecios; y la ignorancia y malevolencia del vulgo de los que adoptan el cómodo oficio de criticarlo todo, tiene siempre a mano más bien una calumnia para hacer más amarga y despreciable la situación del desgraciado, que no una razón para justificarlo o disculparlo. Esta ha sido la suerte de todos los pueblos

y de todos los hombres en general desde el principio del mundo, y México no tiene por cierto ningún título para ser exceptuado. Le ha tocado ahora su turno, y debe sufrir su suerte sin desmayar, consolándose con que esos mismos pueblos de donde hoy salen aquellas voces de desprecio, han sufrido, y no una sola vez, iguales y mayores humillaciones.

Pero si bien es cierto que el vulgo en todas partes no es pensador, ni mucho menos generoso para con el desgraciado, no es menos cierto el que los hombres que no quieren confundirse con aquel, sino que presumen tener una opinión propia, que para ser justa debe precisamente ser el resultado del análisis y de la meditación imparcial, no pueden considerar a la república mexicana en la triste situación en que hoy se encuentra, como un pueblo que sufre males originados por la afeminación o degeneración de su raza, sino como un pueblo víctima de su viciosa educación y peor organización. Bajo este punto de vista, creemos que México, lejos de merecer el desprecio y la mofa de las demás naciones, es acreedor, si no ya a los auxilios que como nación podía esperar de los demás pueblos del mundo en nombre de la justicia universal, siquiera a las simpatías que todo corazón bien formado siente por aquel que sostiene una justa causa, y que después de grandes sacrificios sucumbe, no tanto a la mayor fuerza material de su contrario, sino a la falta de acción, que es consiguiente en una sociedad dividida por los más opuestos y encontrados intereses.

No nos extenderemos en vanas declamaciones, así porque no es esta nuestra idea, como porque ciertamente creemos inútil el aglomerar palabras para vindicar a la república mexicana, cuando la relación sencilla de todas las partes que la componen, deben ser a la vez una explicación bastante de su conducta en su situación actual.

Para presentar con mayor claridad nuestro objeto en este escrito, lo dividiremos en dos partes: en la primera, trataremos de la población en general, y en particular de las clases productoras; y en la segunda, nos ocuparemos de las clases privilegiadas.

PARTE PRIMERA

I. POBLACIÓN

Aunque los datos que tenemos de la población de la república son muy inexactos, porque mientras unos no le dan sino poco más de seis millones de habitantes, otros le suponen más de nueve, puede calcularse que asciende a unos siete millones, de los cuales, según las noticias menos exageradas, cuatro millones son de indios y tres de la raza europea, mezclada en su mayor parte con la indígena.

II. INDIOS

Los indios se encuentran diseminados por todo el territorio de la república, reunidos en pequeñas poblaciones, formando realmente una familia aparte de la raza blanca y mixta. Su miserable modo de vivir hoy, en nada o muy poco se

diferencia, del que tenían los súbditos del gran emperador Moctezuma. La única variación que se nota entre aquellos y éstos, es la extinción de la idolatría con sus bárbaros sacrificios de sangre humana; pues a los indios de estos tiempos se les ha enseñado a adorar a Dios y a sus santos *a su modo*, y a esperar la bienaventuranza en la otra vida, cosa en la cual es de suponerse que creen ellos a puño cerrado, bien persuadidos de que nada bueno tienen que esperar en este valle de lágrimas. Ni en los tiempos del gobierno virreinal ni después de la independencia, se ha adoptado un sistema eficaz de educación para esta raza, que a la vez que mejorara su condición individual, sacándola del embrutecimiento en que se halla, la hiciera útil a la sociedad. Ni antes ni después se les ha enseñado más que a temer a Dios, al cura y al alcalde; y la ignorancia en que viven es tal, que puede asegurarse, que a las tres cuartas partes de los indios no les ha llegado tal vez la noticia de haberse hecho la independencia. Es tanto más creíble el que estén en ese error, cuanto que en muchas partes se les cobra todavía el tributo para el rey de España, del mismo modo y con el mismo objeto que se les piden las limosnas para la redención de cautivos, y para los santos lugares de Jerusalén.

El trabajo a que están destinados en general, es el de labrar la tierra por un pequeño jornal, y como este no es siempre suficiente para cubrir los gastos de su triste existencia, piden frecuentemente al dueño de la hacienda en que sirven, algunas cantidades anticipadas para devengarlas con su trabajo, obligándose a permanecer en ella hasta que sea cubierta la deuda. De este modo, y como el jornal que ganan les basta apenas para vivir, puede asegurarse, que desde el momento en que un indio hace semejante contrato, el hacendado pierde al fin la suma que presta y el indio queda vendido al dueño de la hacienda, que lo es ya también suyo, resultando de esto que, aunque contra leyes expresas, existe de hecho en muchos lugares de la república la esclavitud para los indios.

Además, por el sistema que *felizmente* rige al clero mexicano, mientras el llamado clero alto de la capital y demás obispados viven en la opulencia, los curas de los pueblos no tienen otro recurso para subsistir, que el producto de los *derechos* de su parroquia, por cuya razón se ven obligados estos representantes del Dios de la bondad y de las misericordias, a no permitir a ningún indio nacer, casarse o morir impunemente, sin pagar los derechos establecidos, cercenándoles de este modo los escasos medios con que cuentan para su subsistencia.

Los indios que viven cerca de las grandes poblaciones, vienen a ellas a vender las legumbres, aves, maderas, carbón y otros efectos de poco valor, cuyo miserable producto es también cercenado en las garitas por los empleados del fisco, que en nombre de la nación, cometen con ellos las más infames y repugnantes extorsiones.

Para dar la última pincelada a este cuadro verdadero de la triste existencia de los indios, solo agregaremos, que la única parte activa que ellos toman en el orden público del país, es sirviendo como soldados en el ejército, a lo cual se les obliga por la fuerza. En este género de servicio, más bien que a la patria, sirven como instrumentos al engrandecimiento de sus jefes, quienes en tiempo de paz les dan *poco pan y mucho palo*, y en la guerra los dejan frecuentemente abandonados en el momento

del peligro. Por lo expuesto, fácil es comprender el ningún interés que esta parte importante de la población de la república puede tomar en la conservación de un orden de cosas del cual es ella la víctima. Los indios seguramente han visto entrar al ejército norte-americano con la misma indiferencia con que veían antiguamente entrar los ejércitos españoles cuando éstos dominaban en el país, y con la misma calma con que después de la independencia han visto ir y venir a nuestras tropas en nuestras continuas revoluciones interiores. Sin otras necesidades que aquellas que exige el estado semi-salvaje en que viven, sin relaciones ni goces de ninguna clase en la sociedad, sin intereses ni afecciones que los liguen con ella, y con la confianza de que su abyecta condición no es susceptible de empeorar, ven todo lo que pueda ocurrir con la más estúpida indiferencia.

III. RAZA BLANCA Y MIXTA

Pasemos ahora a examinar los tres millones de habitantes de la raza europea y mixta, que son los que forman las capitales y demás ciudades y pueblos de alguna importancia en la república. De esta suma pueden deducirse 1.800.000 almas entre mujeres, niños y ancianos, lo que no es ciertamente exagerado, y nos quedarán sobre 1,200.000 hombres útiles, o mejor dicho, en estado de serlo, porque en realidad no lo son, como va a demostrarse más adelante.

Con excepción de cosa de 300.000 hombres, que es a lo sumo el número de los que se emplean en la agricultura, las fábricas, las minas, el comercio y algunas artes y oficios, los 900.000 restantes se componen de clases improductivas, como son el clero con todos sus agregados y dependientes, militares, empleados, abogados, médicos, y por último, esa multitud de holgazanes y vagabundos que tanto abundan en las principales ciudades de la república.

Por este cálculo nada exagerado, puede considerarse la triste situación de esa cuarta parte de hombres que trabajan y producen, sobre la cual viven necesariamente las otras tres cuartas partes. ¡Enorme desproporción, origen del atraso y abatimiento en que se encuentran todas las fuentes de la riqueza pública, y causa suficiente para destruir, no ya solo a la naciente república mexicana, sino para aniquilar a la nación más floreciente del mundo!

IV. COMERCIO

El comercio de importación, con muy pocas excepciones, se halla en manos de extranjeros, quienes, merced a nuestras ideas mezquinas e intolerables, resultado preciso de la educación monástica que heredamos de nuestros buenos padres, no toman ni pueden tomar ningún interés en la suerte del país, donde solo se dedican a hacer su negocio; y tan luego como reúnen la suma que basta a sus deseos, se van a disfrutarla a otra parte. Ascende el comercio de importación a unos diez y seis millones de pesos anualmente, y no hay esperanzas de que aumente mientras no

tengamos mayor número de población que consume los efectos europeos, y mientras no tengamos también otros valores que dar en cambio; porque entretanto no haya en México otro fruto de exportación que el dinero, la importación de mercancías ha de ser siempre igual aproximadamente al valor de la plata que puede extraerse.

Además de esos inconvenientes naturales, el sistema fiscal que ha regido hasta el día es otro inconveniente tan grande o quizá mayor, para que el comercio exterior no pueda jamás prosperar. Las bases principales de tal sistema han sido: imponer derechos subidos a todos los efectos, creyendo aumentar así las rentas; establecer infinitos y costosos resguardos; agotar en la formación de los aranceles cuantos medios sugiere la malicia y la cabilosidad, exigiendo del importador innumerables requisitos, tanto para el desembarque de las mercancías en los puertos, como para su tránsito en el interior; y amenazar por último con la tremenda pena de comiso, por la más ligera falta de alguno de esos requisitos.

El resultado de semejante sistema ha sido el que era de esperarse. Las rentas aduanales han ido a menos progresivamente: los comerciantes de mala fe se han burlado siempre de la ley comprando la condescendencia de los empleados: la inmoralidad de estos se ha ido aumentando diariamente y es imposible corregirla, cuando por el ahorro de tan crecidos derechos, pueden los comerciantes ofrecerles sumas de tal consideración, que pocos hombres tienen la honradez suficiente para rehusarlas; y por último, todas esas taxativas inventadas para impedir el fraude, solo han servido para perjudicar y hostigar a los comerciantes y traficantes de buena fe, causándoles todo género de vejaciones.

Por tales motivos, no debe parecer extraño el estado lánguido en que se halla este ramo tan importante para la prosperidad de las naciones. En vano han clamado aquí algunos comerciantes y otros hombres ilustrados contra ese sistema fiscal, demostrando lo absurdo y nocivo que es, no solo al comercio, sino a los intereses bien entendidos del erario nacional. En vano han clamado por la extinción de las aduanas interiores, haciendo ver que son un grande obstáculo para el movimiento mercantil, origen de mil abusos e infamias, y cuyos miserables productos líquidos podrían muy fácilmente sustituirse con cualquier impuesto directo cuya recaudación sería sin duda más sencilla y económica.

A estos clamores se han contestado con la acostumbrada razón de que no es tiempo todavía; que eso podrá hacerse tal vez más adelante: pero que por ahora en este país son muy peligrosas las innovaciones. Además, como los hombres que gozan entre nosotros la reputación de grandes economistas, y sin cuyo parecer nada se hace en este ramo, pertenecen a la clase de empleados, están sin duda muy bien hallados con el sistema que existe y se oponen a toda variación. Por consiguiente, a los hombres ilustrados que piden libertad y franquicias para el comercio, los califican de visionarios; y a los comerciantes, como a gente sospechosa, de cuyas ideas se deben siempre desconfiar, porque es de advertir, que aquí el gremio de empleados considera todavía a los comerciantes del mismo modo que se consideraba a los judíos en la edad media.

El comercio por menor, así de los efectos extranjeros como de los nacionales, está con pocas excepciones en manos de mexicanos; pero no siendo esta parte del comercio sino muy secundaria respecto de la otra que gira por mayor, es claro que su situación en nada puede ser más lisonjera. De todos los mexicanos que tienen esta ocupación, son contados los que logran hacer una fortuna regular, al paso que se repiten con frecuencia las quiebras, y la mayor parte de ellos solo pueden sostenerse merced a todo género de economías y aun privaciones.

V. AGRICULTURA

De la agricultura en México debe comenzarse por decir que las tres cuartas partes del territorio de la república son propiedad de las diversas corporaciones religiosas. Por consiguiente, de los llamados dueños de haciendas, las tres cuartas partes no lo son sino únicamente de nombre, porque en realidad no son sino simples arrendatarios de ellas, ya porque esas haciendas sean propiedad absoluta del clero, o ya porque reconocen el todo o parte de su valor por capitales del mismo clero impuestos a réditos sobre ellas. Esta circunstancia explica bastante el abandono en que por lo general se encuentran las fincas de campo en la república, pues es claro que ningún estímulo hay para el hombre en mejorar una propiedad que no es suya, y de la cual solo piensa sacar el mayor partido posible, durante el término que la tiene en arrendamiento. Igual razón hay por parte del mismo clero en no mejorarlas, porque éste tampoco es dueño, sino puramente usufructuario de esas propiedades.

La suerte del labrador en general aquí es la más triste que puede concebirse, por cuanto que no sabe que temer más, si un año muy malo, o uno muy bueno. En el primer caso, es evidente que pierde el todo o la mayor parte de la cosecha; pero en el segundo le sucede poco más o menos lo mismo, porque si la cosecha es generalmente buena, hay una grande abundancia de frutos, y como los consumos no se aumentan ni pueden aumentarse por la falta de población, la baja en los precios es considerable. En este último caso los labradores que no tienen suficiente capital (que son los más) para esperar mejor época para vender con más estimación sus frutos, se ven obligados a malbaratarlas, perdiendo tal vez parte de su capital, o cuando menos la recompensa que durante un año han estado esperando de todas sus fatigas y trabajos. Si el labrador tiene bastante capital, no puede lograr tampoco un gran beneficio, sino cuando después de un año bueno, se siguen dos o tres malos, porque solo en este caso puede vender con aprecio los frutos que tiene almacenados. Por consiguiente, el labrador que no posee otro capital que el necesario para la siembra y labores de sus tierras cada año, tiene que abrigar el criminal deseo de que se arruinen algunas siembras de sus compañeros, porque solo de este modo puede realizar pronto y con utilidad la suya.

En vista de esto, parece inútil agregar que hasta ahora han sido vanos para los labradores de México todos los descubrimientos o mejoras que se han hecho en otros países de algunos años a esta parte, para abreviar y hacer más económicas las operaciones de la agricultura, porque ciertamente parece que no hay necesidad de

ocurrir al arte en un país donde la naturaleza, casi virgen y llena de vigor, recompensa pródigamente los menores afanes del hombre y que es susceptible de alimentar con abundancia quince o veinte veces más de la población que hoy tiene. Por lo tanto, ya se ve que la desgracia de la clase agricultora en México, no viene de la falta de medios de producción, sino de falta de consumo, y es claro que mientras la población permanezca estacionaria, ninguna esperanza hay de que prospere este ramo, el primero sin duda para la verdadera riqueza y engrandecimiento de una nación.

A esos inconvenientes de la falta de población que, como hemos dicho antes, ponen al labrador en la triste condición de no esperar nunca buenas utilidades sino sobre la ruina de algunos de sus compañeros, debe agregarse que esta clase tan útil a la sociedad, del mismo modo que el comercio, es víctima del sistema fiscal, y que al menor descuido u olvido de las fórmulas establecidas para el tránsito de los frutos de un punto a otro, puede desaparecer su fortuna en manos de los ávidos empleados del fisco.

Además de las muchas gabelas que pesan en México sobre todo hombre que trabaja, hay para los labradores en particular la del diezmo, establecido por la iglesia, sobre el total producto de la cosecha, cuya enorme contribución, aunque por una ley dada el año 1833, no es ya obligatoria, hay muchos que todavía la pagan, ya porque la consideran como un asunto de conciencia, o ya porque creen conveniente y necesario el hacer ese sacrificio para vivir en sana paz con el pueblo fanático, y no verse expuestos a ser notados de herejes. Se asegura que ha habido varios casos de que un ministro del altar haya negado la absolución de sus pecados sobre el lecho de la muerte a un labrador, si antes no disponía, el que de sus bienes se entregase a la iglesia la cantidad de diezmos que había dejado de pagar en virtud de la mencionada ley.

VI. ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

A todo lo que llevamos dicho respecto del comercio y la agricultura, debemos agregar un mal todavía más grave, y que si bien destruye a toda la sociedad atacándola en sus cimientos, ataca muy particularmente a aquellas dos clases que, como todo el mundo sabe, no pueden existir, ni mucho menos prosperar sino bajo la sombra del orden y de la confianza pública.

Ese mal es la falta de administración de justicia. En vez de un código claro y conciso, nuestra legislación es un caos, de donde así el litigante honrado como el de mala fe pueden sacar multitud de leyes diversas para hacer eterno y contencioso el asunto más sencillo del mundo. Los procedimientos son lentos y costosos, de manera que, cualquier negocio algo difícil, puede asegurarse que no tiene fin en la vía judicial, mientras tengan dinero y ganas de gastarlo las partes contendientes. Hay expedientes en México, cuyo primer escrito tiene más de cien años de fecha, y no han sido bastantes los pasos dados ni el dinero gastado por tres generaciones seguidas, para lograr que se resuelva definitivamente el punto en cuestión.

Las cárceles, llenas siempre de hombres viciosos y criminales de todas clases, que viven reunidos indistintamente, lejos de servirles de castigo o corrección, puede decirse que son verdaderas cátedras de prostitución y de maldades, pudiendo también asegurarse que el criminal novicio que entra en ellas por la primera vez, al salir de allí es un consumado pícaro, que no conserva ni el más pequeño resto de vergüenza. Muy rara es la vez que se oye anunciar la muerte de un criminal por mandamiento de la justicia, al paso que todos los días se repiten los atentados contra la propiedad y aun contra la vida en los caminos y en las poblaciones. Solo en la cárcel de México hay ordinariamente 600,800 y hasta 1000 malhechores, y aunque la mayor parte de ellos no están allí por delitos graves, los hay que han cometido ocho y más robos y asesinatos. Sin embargo, estos famosos criminales pasan los meses y aun los años en aquel encierro, y el día menos pensado logran escaparse para ir a ejecutar nuevas maldades, como es natural en vista de la impunidad, burlándose así de la justicia y de la misma sociedad.

Preciso es convenir en que nada bueno puede haber en un país, donde por la falta de una pronta y recta administración de justicia, no existe de hecho la base fundamental de toda sociedad organizada que es la garantía de la vida y de la propiedad.

Por este motivo, México puede decirse que es el país de las transacciones, pues por evitar un pleito siempre costoso y casi nunca satisfactorio en sus resultados, se hace preciso transar con el fullero, con el estafador, con el falsario, y aun con los mismos ladrones y asesinos; siendo por lo tanto el antiguo adagio de que: “más vale una mala composición que un buen pleito;” el código único de que hacen uso aquí todos los hombre prudentes, que no quieren perder su paciencia y su dinero en trámites y contestaciones, tanto más desagradables, cuanto que al fin no hay seguridad de conseguir el objeto, aun cuando sea muy justo su reclamo. El comerciante y el propietario transan con su deudor de mala fe, y quedan muy satisfechos con cualquier cosa que consigan en la transacción, bien persuadidos, de que si emprenden un pleito lo pierden tal vez todo. El hacendado transa también con el bandido de camino real, albergándolo en su propia hacienda y festejándolo como a su mejor amigo, aunque lo haya robado algunas veces, sin ocurrirle jamás el mal pensamiento de denunciarlo o entregarlo a la justicia, porque es seguro que después de tenerlo algún tiempo corto en la cárcel, lo pondrá en libertad, y él quedará expuesto a su venganza. Por último, los arrieros y traficantes que, por su profesión tienen que vivir constantemente en los caminos, se ven también obligados a llevar amistad y buenas relaciones con los mismos ladrones, como el único medio de tener alguna seguridad.

VII. INDUSTRIA FABRIL

La importancia relativa que hoy tiene la industria fabril en México, es de poco tiempo a esta parte, pues su primer impulso lo recibió del gobierno del año 1830, quien llevado de un mal entendido celo de fomentar la riqueza nacional, o tal vez

por lisonjear las ideas de la mayoría de hombres ignorantes, que creen que para la prosperidad de la república lo único que hay que hacer, es que no tengamos que comprar nada del extranjero, porque así ya no saldrá el dinero de aquí, decretó la formación del llamado “Banco de avío” con el fondo de un millón de pesos, para auxiliar a todo el que quisiese establecer alguna fábrica.

Este “Banco de avío” fue, como se dice vulgarmente, un verdadero “monte parnaso,” del cual, bajo el pretexto de establecer fábricas se extrajeron grandes sumas, siendo contadas las que realmente se llegaron a poner en estado de trabajar con aquellos fondos. Por consiguiente, puede decirse que con pocas excepciones, la verdadera industria que protegió el Banco, fue la de hacer encontrar pretextos para sacar de él las mayores cantidades posibles, gastando una pequeña parte de ellas en salvar las apariencias con algunos telares, ruedas o cilindros, y cuyas responsabilidades se han saldado después con el gobierno Dios sabe como.

Posteriormente, y como el único medio seguro para fomentar la industria fabril, se prohibió la introducción en la república de las hilazas y tejidos de algodón ordinarios, así como de otros efectos que podrían fabricarse en el país. A la sombra de estas prohibiciones, se establecieron ya varias fábricas, porque alucinados muchos con el brillante resultado que estaban obteniendo las pocas que había ya entonces establecidas, creyeron que esta era la mejor especulación.

Invertidos de este modo grandes capitales ya en esas empresas, la clase de fabricantes, por ser compuesta en gran parte de personas de influjo, fue formando progresivamente un cuerpo respetable en la sociedad, sostenedor acérrimo de las prohibiciones, como era natural, hasta el grado de que ya en el año 1840, habiendo dado el gobierno un permiso para introducir algunas hilazas del extranjero por el puerto de Matamoros, con el objeto de que el producido de sus derechos sirviese para sostener el ejército del Norte, fue este ataque dado a los fabricantes una de las principales causas que motivaron y fomentaron la revolución que el año siguiente derrocó aquella administración, y que dio por resultado el gobierno dictatorial bajo las famosas bases del “plan de Tacubaya.” Este gobierno dispensó bastante protección a la industria fabril, extendiendo las prohibiciones a otros muchos objetos. Más adelante se organizaron en los Departamentos unas juntas compuestas de los mismos fabricantes, con el fin de cuidar sus intereses; y por último, la influencia de éstos llegó al extremo de que en la constitución de 1843 se prohibió expresamente al congreso general “derogar ni suspender las leyes prohibitivas de la introducción de géneros y efectos perjudiciales a la industria nacional, sin el consentimiento previo de las dos terceras partes de las asambleas departamentales.”

Increíble parece que la representación nacional se privase así de la facultad de legislar sobre una pequeña parte de la sociedad; lo que equivale a privar a la misma sociedad de su incontestable derecho para gobernarse libremente y reformar o destruir todo aquello que le sea de alguna manera perjudicial; pero no parecerá increíble en México, donde por desgracia han presidido a la formación de las leyes, no los intereses generales del país, sino los particulares de personas y corporaciones. ¡Así anda ello!

Los resultados de esta industria han sido los que debían aguardarse de una institución violenta, que no puede subsistir sino a la sombra de las prohibiciones y privilegios, y creada por consiguiente contra todas las reglas de la razón y de la conveniencia pública. Los efectos que se fabrican en el país, los paga el público casi al mismo precio, y son en general de peor clase que los que antes venían del extranjero: el tesoro nacional ha dejado de percibir de los derechos de importación que hubieran causado en más de diez años los efectos prohibidos, más de cuarenta millones de pesos, cuya falta ha sido el origen de las innumerables contribuciones directas que hoy pesan sobre la sociedad, cuyas nuevas gabelas, ya por el ningún método ni plan con que han sido impuestas, y ya por lo costoso de su recaudación, nunca han sido bastantes a llenar el vacío que dejó la falta de aquellas entradas aduanales; y por último, tampoco los fabricantes han obtenido los grandes beneficios que se prometieron, pues con excepción de muy pocos que han hecho su fortuna, los más se sostienen sacando un mezquino interés de sus capitales invertidos, y otros están arruinados, siendo no pequeño el número de quiebras que ha habido de algunos de los que se dedicaron a esta clase de especulaciones.

Según la última “memoria” publicada por la “junta general de industria” el año 1845, además de algunas fábricas de papel, paños, vidrios planos y otros efectos de menos importancia, el ramo principal de la industria fabril es el de hilados y tejidos de algodón ordinarios, siendo 128 el número total de fábricas de esta clase establecidas hoy en la república.

Algunas de estas fábricas han sido situadas en puntos convenientes para encubrir no pocas introducciones clandestinas de hilazas y tejidos de algodón extranjeros, que nunca han faltado en el país, a pesar de las prohibiciones, como era de esperarse atendidas las grandes utilidades que obtienen los importadores.

VIII. MINAS

La industria minera es la única que, en medio del desconcierto y abatimiento de todas las clases de la sociedad, se presenta en un estado brillante hoy, y anunciando una prosperidad progresiva, porque parece que en este país, exceptuando los hombres, toda la naturaleza toma empeño en contribuir al bienestar y felicidad de sus habitantes. Suben hoy los productos de las minas de la república, en plata y oro acuñados y en pasta, a más de diez y ocho millones de pesos, cuya suma podría duplicarse, o tal vez triplicarse, si el azogue no tuviese un precio tan elevado. Sin embargo, como la prosperidad de este género de industria solo puede considerarse directa para los dueños de las minas, y para las personas que se ocupan en su explotación, el resto de la sociedad no saca de las bonanzas de esas empresas otro beneficio que el de la mayor circulación de dinero en los mercados, la cual es siempre transitoria y momentánea, en razón de que se exporta fuera del país anualmente poco más o menos la misma suma que producen las minas, por ser el oro y la plata, como ya hemos dicho en otro lugar, los únicos valores que tenemos para ofrecer en cambio al comercio exterior.

IX. ARTES Y OFICIOS

Respecto de la parte de mexicanos que se dedican a las artes y oficios, poco bueno hay que decir. Existe todavía por desgracia entre nosotros, el error, heredado de la educación de los españoles, quienes llevados de sus ideas de caballería y de nobleza, nos enseñaron a ver con desprecio a todo hombre que se dedicaba a algún oficio. Para ser hombre decente, era preciso ser militar, empleado, clérigo, abogado, o cuando menos médico. Todas las demás clases eran inferiores en la sociedad, y aun los comerciantes eran vistos con menosprecio, llamándolos simplemente *trapeeros*. Por consecuencia, de estas tan ridículas como perniciosas ideas, ningún padre de familia con medios, aunque escasos para dar educación a sus hijos, quería ni quiere todavía dedicarlos a ningún oficio, y aun se avergüenzan muchos de ponerlos como dependientes en alguna casa de comercio porque además de las necias preocupaciones que tienen contra el comercio y cualquiera otro oficio, eso de entrar a *servir a un amo*, como ellos dicen, ya sea en el taller o en el almacén, les parece cosa muy denigrante.

Estas preocupaciones son tales, que muchos artesanos que han pasado toda su vida honrada y decentemente con su oficio, lejos de enseñarlo a sus hijos, los ponen en un colegio a estudiar abogacía o medicina, o tan luego como salen de la escuela sabiendo algo de leer, escribir y contar, se empeñan con alguna persona de influjo para que les de el gobierno algún empleo civil o militar; cosa que a la verdad no cuesta mucho trabajo obtener, y ya con esto queda muy enorgullecido el buen artesano, con la satisfacción de que sus hijos son ya más que él. Muchos padres hay también que antes que dedicar a sus hijos a algún oficio, prefieren no darles ninguna profesión, y los dejan abandonados a la suerte para que *busquen su vida como Dios les de a entender*, pero sin dejar por supuesto de ser siempre hombres *decentes*, es decir, sin trabajar en ningún oficio que los deshonne, pues para esta clase de hombres es deshonoroso el trabajar, y no creen que lo es el pasar toda su vida de vagabundos y metardistas.

De esto proviene el que, mientras la república está plagada en centenares de generales y millares de jefes y oficiales, empleados, clérigos, abogados y médicos, no se encuentra un mexicano distinguido en ningún arte ni oficio; y es seguro que en todas las poblaciones de alguna importancia, el mejor arquitecto, el mejor escultor, el más hábil pintor, el mejor carroceros, el tapicero más inteligente, el ebanista más esmerado, el mejor dorador, el mejor herrero, el mejor sastre, y hasta el mejor zapatero, no son mexicanos sino extranjeros. Esta es una verdad tanto más triste, cuanto que no falta habilidad en los mexicanos, y es notoria la que tienen sobre todo para la imitación.

Por consiguiente, la clase de artesanos que en otros países más afortunados forma la parte principal del verdadero pueblo, por su inteligencia y actividad, en México es insignificante y despreciable, así por su corto número, como por la ignorancia y abatimiento en que se halla.

X. OBSERVACIONES GENERALES

En vista de esta relación sencilla y verdadera del estado en que se encuentran las clases productoras que componen la mínima parte de la población de la república mexicana, fácil es conocer el malestar permanente en que viven. Esto explica suficientemente el egoísmo e indiferencia con que ha sido visto por lo general, de esas clases, la guerra actual que sufre la república; porque, dígame lo que se quiera, el patriotismo, ese sentimiento noble y caballeroso que en otros países conmueve a los pueblos y los conduce entusiasmados al extremo de preferir mil veces la muerte antes de consentir en la menor ofensa hecha a su patria, no puede existir en un pueblo sin educación, y lacerado por treinta y siete años de trabajos y miserias.

En primer lugar, los once años que duró la lucha de la independencia, fueron once años de sangre, de devastación y de ruina para las clases productoras del país, pudiendo asegurarse sin exageración, que los perjuicios sufridos por esas clases durante aquella dilatada guerra, subieron a centenares de millones de pesos. Consumada luego la independencia, los propietarios, los agricultores, los comerciantes, y todos los hombres, en fin, que desean el orden, porque solo en él pueden prosperar y formarse un porvenir, se lisonjearon con la idea de que iba a comenzar una nueva era de paz, a cuya sombra lograrían indemnizarse de tantos daños recibidos; pero se engañaron. En los veinte y seis años que han transcurrido desde que se hizo la independencia, se han ensayado todas las formas de gobierno; pero como esos ensayos no han sido realmente sino de palabras, porque jamás se han emprendido las grandes reformas que reclama la civilización de la época en que vivimos, el país ha sido precipitado día a día a su destrucción y aniquilamiento, por la acción combinada de los vicios sociales que quedaron del sistema colonial, y los que se han aumentado en 26 años de desórdenes.

Los hombres que han figurado en la dirección de los negocios públicos, sin la ciencia ni la conciencia de los grandes deberes que les imponían los altos puestos a que su ambición los elevaba, de todo se han ocupado menos de remover los fuertes obstáculos que se oponen al bienestar y felicidad de la nación. Muy natural es esto en un país donde los hombres no suben jamás al poder por el voto libre de la generalidad de sus conciudadanos, sino que son siempre colocados en él, unas veces por las intrigas de este o el otro partido, y muchas por la acción revolucionaria de la fuerza armada.

De este sistema, verdaderamente original en una república, de dar gobernantes al pueblo sin consultar su consentimiento, ha resultado necesariamente que las personas electas han sido siempre las menos a propósito para hacer su felicidad, ya porque los partidos que representan siempre tales o cuales intereses, no buscan en sus candidatos hombres independientes que quieran solo el bien general del país, sino hombres que estén firmemente adheridos a sus propios intereses, y ya porque esos mismos hombres al encargarse del poder, van obligados con el compromiso de servir fielmente al partido que los elevó.

Por esto hemos visto siempre que unos gobiernos han protegido decididamente al ejército, otros al clero, otros a los empleados, y otros, en fin, a estas tres clases a la vez; pero jamás ha habido un gobierno que, enfrenando las pretensiones de esas clases privilegiadas, y reformando o destruyendo sus abusos, se haya dedicado a proteger las clases industriales, que son las más dignas de particular atención para todo gobierno ilustrado y patriota. Para estas clases no ha habido sino pomposas promesas que jamás se han cumplido. Todos los revolucionarios para desconectar al gobierno que han querido derrocar, le han hecho fuertes cargos por no haber protegido la industria ni el comercio, y todos los nuevos gobiernos al comenzar su época, no se han olvidado de ofrecer que su primero y principal cuidado sería fomentar la agricultura, el comercio, las artes &c. Estas ofertas sin embargo, se han quedado escritas, y muy lejos de cumplirse, lo que ha solido seguirse a ellas ha sido alguna contribución para satisfacer los empeños que se habían contraído a consecuencia de la nueva revolución.

Preciso es conceder que un sistema semejante, seguido por 26 años, ha debido causar el más profundo disgusto entre las clases laboriosas y sus gobiernos; porque, en efecto ¿qué unión ni qué simpatías pueden existir entre esas clases y los gobiernos, cuando éstos, en vez de prestarles ninguna protección, las oprimen cada día más con todo género de gabelas para contentar las ambiciones de los miles de hombres de las clases privilegiadas que, sin título ninguno decente, se han propuesto vivir a expensas de la nación? Ningunas ciertamente. Por lo contrario, esas clases vejadas y burladas de tantos modos, se han acostumbrado, y con razón a no considerar a sus gobiernos sino como a los enemigos más declarados de su tranquilidad y bienestar; perdiendo con la triste experiencia de lo pasado y lo presente hasta la más remota esperanza para el porvenir.

En este estado de desaliento mortal, consecuencia inevitable de tan crueles y repetidos desengaños, ¿podrá nadie decir que debían esas clases sacrificar aun los restos de sus fortunas y sus vidas por la patria? ¿Y en defensa de qué? Esto sería por cierto pretender que los mexicanos tuviesen sentimientos diversos de los que tienen en general los hombres en todo el mundo. Se han pasado ya, y para siempre aquellos tiempos en que los pueblos se destruían unos a otros por la voluntad de un solo hombre. Hoy no puede exigir de ningún pueblo, y mucho menos de las clases medianamente ilustradas, el que sacrifiquen su bienestar y sus vidas en defensa de palabras vacías de sentido; y el honor nacional es sin duda una de esas palabras vanas en un país donde el hombre laborioso tiene que vivir aislado del resto de la sociedad, sin poder gozar tranquilamente el fruto de su trabajo, por la falta de una buena administración de justicia; donde las tres cuartas partes, o más de la población quieren vivir sobre el resto; donde no puede un hombre salir al camino sin llevar noventa y nueve probabilidades contra una de ser atacado por malhechores; donde los gobiernos se ocupan únicamente de contentar las ambiciones de los partidos, siempre contrarios al pueblo en general; donde la algarabía ocasionada por los intereses encontrados de las clases privilegiadas que se disputan constantemente la dirección de los negocios públicos para dominar exclusivamente en su provecho,

ha convertido en palabras de sentido dudoso los principios más ciertos, o mejor dicho, los únicos que pueden hacer la felicidad y engrandecimiento de un pueblo; donde por tales razones, en fin, las clases industriales agobiadas por espacio de 26 años con multiplicados gravámenes, expuestas constantemente a todo género de vejaciones, y burladas siempre con ofertas que nunca se han realizado, ven que sus intereses materiales están en oposición con el resto de la sociedad, y no tienen, por consiguiente ningún estímulo para sacrificarse en la defensa de ella.

A tan fuertes consideraciones, que no pueden menos que explicar a la vista de todos los hombres ilustrados esa apatía con que la mayoría de las clases industriales se ha conducido en la presente guerra, debe agregarse, que el ejército de los Estados Unidos no ha entrado en la república como entraban en otro tiempo los ejércitos en los países conquistados, difundiendo el espanto y la muerte por todas partes robando o destruyendo las propiedades de sus habitantes, violando las mujeres, y cometiendo, en fin, toda clase de atentados con el pueblo vencido. Por el contrario, y con excepción de algunos particulares que han sufrido, lo cual es inevitable cuando un ejército extranjero atraviesa un país en estado de guerra, el ejército americano, sosteniéndose con sus propios recursos, y pagando a buenos precios cuanto ha necesitado para su subsistencia, ha respetado las propiedades particulares: ningún mexicano pacífico ha sido perseguido; se ha dejado a todos continuar libremente en sus oficios u ocupaciones; y por último, lejos de gravar a los pueblos con pesados impuestos, ha reducido considerablemente en los puertos ocupados los derechos de importación, y ha quitado en las ciudades y pueblos del interior esas aduanas y alcalalatorios donde se vejaba y perseguía a todo el que buscaba su subsistencia en el tráfico mercantil.

En vista de esto, es claro que las clases propietarias e industriales de México, no han tenido ningunos intereses materiales que defender en la guerra actual; y más bien, si se ha de hablar con franqueza, puede decirse que las simpatías de esas clases han debido estar muy naturalmente por el que destruyese de cualquier manera ese sistema de desorden y de pillaje de que han sido víctimas tantos años. Por consiguiente, calificar como de un crimen especial de la raza mexicana el indiferentismo que esas clases han manifestado en la presente contienda, atribuyéndolo a cobardía, afeminación y falta absoluta de dignidad, nos parece el extremo de la ignorancia y de la ligereza; pues es indudable que en cualquiera otra nación, si las clases laboriosas se viesen agobiadas, como aquí por tantos sufrimientos, no se habrían contentado con solo manifestar su indiferencia, sino que se habrían unido con el ejército invasor para vengarse de tantos daños recibidos, y mejorar así su condición individual.

Sin ir a buscar ejemplos de esa verdad en la historia de épocas remotas, hemos visto, por decirlo así, en nuestros días, que cuando la Francia quiso destruir los abusos de las clases privilegiadas que la oprimían, millares de *franceses* de esas clases volaron a unirse a las filas de los ejércitos extranjeros que invadían su patria. En España, cuando fue invadida por los ejércitos de Napoleón, vimos a muchos españoles eminentes, que no vacilando en elegir su puesto entre la causa de la civilización y la del oscurantismo, se unieron a José Bonaparte, y procuraron establecer

algunas de las reformas de que tanto necesitaba la sociedad española. Por último, vimos en la misma España, que el año 1822 entró un ejército extranjero deseado, o más bien llamado por todos los *españoles* del partido servil, para quitar al pueblo la constitución, cuya existencia ponía en peligro todos los abusos de que vivían las clases privilegiadas.

En estos ejemplos que hemos citado, con el único objeto de presentar una ligera comparación, se ve a franceses y españoles apoyando con sus personas e intereses a los ejércitos extranjeros que invadían su propio país; siendo de advertir que los primeros, a fines del siglo pasado, y los segundos el año 1823, buscaron la protección de las bayonetas extranjeras, no para libertar a sus pueblos de la opresión, ni tampoco para establecer mejoras de ninguna clase, sino para perpetuar el despotismo y con él todos los abusos consiguientes. ¿Podrá, pues, exigirse de los mexicanos propietarios e industrioses, el que se arruinen y aun se hagan matar en defensa de los mismos abusos de que son víctimas? Esto sería, en nuestro concepto, pretender un absurdo. Por el contrario, nosotros estamos persuadidos de que si los mexicanos industrioses se sacrificasen brutalmente en defensa del mismo orden de cosas que ha existido hasta hoy, y del cual no tienen que esperar sino ruina y miseria, merecerían con sobrada justicia los epítetos que se les dirigen, porque habrían probado que carecían hasta del sentido común que distingue a los hombres de los brutos.

A pesar de estas razones, las clases laboriosas de México han dado no pequeñas pruebas de lo mucho en que estiman el honor y buen nombre de su patria. Sin mencionar aquí las enormes sumas que han facilitado para la guerra de Tejas por espacio de 12 años, porque es bien público, que durante este tiempo ha sido esa guerra para los gobiernos de la república el gran pretexto para pedir dinero a todos y no pagar a nadie; y limitándonos a solo el presente año 1847, pueden verse en los periódicos los millones de pesos que con el nombre de donativos, préstamos, contribuciones extraordinarias, &c., &c., &c., ha recibido en él el gobierno. Estos sacrificios son tanto más meritorios, cuanto que la mayor parte de los que los han hecho sabían que eran estériles, pues no podían tener ni la ilusión de que su dinero se destinase al objeto con que ellos lo daban. Muy público era, en efecto, que mientras el ejército enemigo avanzaba sin oposición hacia la capital, algunos de nuestros generales, coroneles, empleados de categoría y otros infames favoritos del gobierno, se disputaban con este o el otro título los pocos recursos que entraban en la tesorería; y creyendo que cada peso era tal vez el último que podrían coger del gobierno, se apresuraban a apoderarse de él con la misma ansia con que una cuadrilla de bandidos se apresura a quitar el reloj y hasta la última alhaja de algún valor que tenga sobre su cuerpo el moribundo viajero a quien deja tendido en el camino real.

Además, hemos visto también a la juventud veracruzana unida a tres o cuatro mil soldados, y sin otro estímulo que el honor del suelo en que vió la primer luz, desafiar dentro de sus débiles murallas a un ejército de doce o catorce mil hombres, sufrir con valor y serenidad un horrible bombardeo, que en ochenta o noventa horas de fuego introdujo en la plaza más de seis mil proyectiles, causando todos los estragos y ruinas consiguientes, y que cuando entendió que los jefes militares esta-

ban ya en parlamentos con el enemigo para entregarle la ciudad, arrojó con indignación al mar las armas que ya le eran inútiles antes que consentir en entregarlas al vencedor.

En México también lloran todavía muchas familias la pérdida del padre, del esposo, del hijo o del hermano, que en las acciones de Churubusco y el Molino del Rey pagaron con sus vidas el deseo de contribuir personalmente a la defensa del honor de su patria, único estímulo que los animaba, porque no dependían directamente del gobierno, ni habían recibido jamás de él ningún sueldo para servirlo. Es verdad que estos ejemplos no han sido muy numerosos en la república; pero aquí, como en todas partes, no es muy abundante la cosecha de hombres dotados de sentimientos tan nobles y generosos, que quieran sacrificarse voluntariamente por el honor de los demás y sin otra recompensa que la fama póstuma.

SEGUNDA PARTE

Con todo lo que llevamos expuesto en la primera parte creemos haber demostrado suficientemente, que tanto los indios como las demás clases que forman la parte industriosa y productora de la república, no han podido tomar mayor interés del que en efecto han tomado en la guerra actual, y que aun han hecho más de lo que de ellos podía exigirse, ya por los muchos motivos de justo descontento que tienen con sus propios gobiernos, y ya porque el enemigo no los ha perjudicado directamente en sus personas ni en sus intereses.

Por consiguiente, debemos pasar ahora a ocuparnos del ejército, del clero y de los empleados, pues siendo estas tres clases los verdaderos dueños del país, porque ellas son las únicas que han gozado y dispuesto a su antojo de su suerte parece que debieron obrar en la presente lucha como en una causa personal, bien persuadidos de que en cualquier nuevo orden de cosas ilustrado, deberían venir por tierra indudablemente todos los abusos de que hasta ahora han vivido. Examinemos, sin embargo, la situación particular de esas clases entre sí, y ya veremos, que si bien han sido bastante fuertes para mantener el país estacionario, y causar de todas maneras su ruina y aniquilamiento, no han podido tener ninguna fuerza para oponerse unidos a la invasión extranjera, aunque convencidos de que ésta había de ser más fatal para ellas que para el resto de la sociedad.

I. EJÉRCITO

Comenzaremos por el ejército, por ser sin duda esta clase la más inmediatamente responsable de la pérdida del honor nacional, para cuya defensa ha sido mantenido constantemente, y que ha costado al país centenares de millones de pesos en los veinte y seis años que van corridos desde que se hizo la independencia hasta hoy.

Ya hemos dicho en otro lugar, que en general los soldados son indios obligados al servicio por la fuerza, y hemos observado ya también las ningunas ideas que estos

pueden tener de nacionalidad, y el ningún interés, que sobre todo tienen en la conservación de un orden de cosas en que ellos solo figuran como bestias de carga. Sin embargo, debe decirse en honor de la verdad, que como soldados son bastante buenos, porque además de no ser cobardes, son muy sufridos en campaña, y se les ve atravesar centenares de leguas por malos caminos, descalzos, mal vestidos y peor alimentados, sin quejarse ni cometer ningún acto notable de insubordinación. Es indudable, que si estos mismos indios fueran dirigidos por oficiales de instrucción y delicadeza, serían tan buenos soldados como los de cualquiera otro país. El mal, por consiguiente, del ejército mexicano no está en los soldados, sino más bien en la oficialidad, de quien, con pocas y honrosas excepciones, puede asegurarse que es la más ignorante y desmoralizada del mundo. Ni puede ser de otra manera, cuando las insignias militares no han sido entre nosotros el premio del saber y del valor acreditado, sino gracias y concesiones del más despreciable favoritismo.

Desde que se consumó la independencia se presentaron al nuevo gobierno multitud de hombres oscuros e ignorantes, alegando los servicios importantes y los inmensos sacrificios que decían haber hecho en defensa de la causa nacional, y pidiendo en recompensa de ellos altos empleos militares, queriendo muchos que los hiciesen generales, y conformándose los más modestos con ser siquiera coroneles.

Es verdad que muchas de esas absurdas pretensiones fueron desechadas, pero hubo muchas que fueron atendidas, y de este modo se introdujeron ya en el ejército hombres sin ningunos antecedentes en la milicia, absolutamente ignorantes en el arte de la guerra, y nulos por consiguiente para la carrera a que se destinaban. Después, el abuso de dar empleos militares ha sido verdaderamente escandaloso, y aun es admirable cómo han quedado algunos mexicanos en la clase de paisanos, porque cuantos han querido ser militares, han obtenido fácilmente su despacho del gobierno.

Sobre todo, de veinte años a esta parte, en que la ocupación favorita de la mayoría del ejército ha sido, con muy pocos intervalos, la de hacer revoluciones, el desorden en la milicia ha llegado al colmo. Cada nuevo gobierno, elevado por una revolución militar, como lo han sido todos, ha creído de su deber premiar a la parte del ejército que lo elevó, y estas recompensas han consistido generalmente en ascender al empleo inmediato a todos los jefes y oficiales. Por otra parte, el gobierno próximo a caer daba también por su lado ascensos a la otra porción del ejército que le era fiel antes de su caída, y cuyos ascensos han sido siempre reconocidos por el nuevo gobierno con el objeto de que nadie quedase descontento. De este modo, cada revolución ha dado por resultado un aumento considerable de nuevos oficiales, y el ascenso a mayores graduaciones de los que ya existían.

En vista de esto, no debe parecer nada extraño el que con tanta frecuencia se hayan repetido en México esas farsas militares llamadas *pronunciamientos*, porque es claro que por este camino, un subteniente, por ejemplo, que figuraba en seis revoluciones consecutivas, ascendía indudablemente a general.

Ya se ve también por esto, que, como dijimos antes, las insignias militares no han sido el premio de la inteligencia, del valor, ni de un comportamiento honroso y decente, sino más bien la recompensa de vicios expresamente condenados en el

código militar y en todas las leyes humanas. En efecto, aquí se ha premiado con un empleo militar al bajo adulador, al vil denunciante, y aun a otros muchos hombres por servicios todavía más repugnantes y despreciables. Muchos casos ha habido de hombres que, de la clase de simples paisanos han sentado plaza de coroneles en el ejército. Se han dado ascensos al oficial, que faltando a todos sus juramentos de obediencia al gobierno, desertaba de sus banderas para pasarse a las de la revolución, con el objeto tal vez de encubrir así la quiebra en que se hallaba con los deberes de su cuerpo, y cuyo crimen con el triunfo de la revolución, no solo quedaba olvidado, sino premiado. Así ha desaparecido hasta la idea de moralidad, de subordinación y de disciplina, sin cuyas circunstancias un ejército no es sino un barullo espantoso.

En consecuencia de tanto desorden, y de tanta facilidad con que se han dado los empleos y ascensos militares, no debe extrañarse que, aunque hay en la república centenares de generales, y millares de coroneles, tenientes coroneles, comandantes, &c., &c., no se encuentra apenas un general a quien confiar una pequeña división, porque muchos de ellos no conocen ni los primeros rudimentos del arte de la guerra; y se verían en gran conflicto si se les encargase el mando de una compañía o de una patrulla. Son contados también los coroneles a quien se puede confiar el mando de un regimiento en campaña, y por último, respecto de oficiales subalternos, son muy pocos los buenos, porque además de otros defectos tienen generalmente el de la insubordinación, lo cual los hace inútiles para toda clase de servicio.

Es forzoso convenir en que un ejército compuesto de tal manera, estaba llamado a hacer en la primera guerra nacional que se presentase, con un ejército extranjero medianamente organizado, el mismo ridículo papel que hacían los soldados del papa ante las huestes de Napoleón.

No es nada difícil, en efecto, contar las derrotas que ha sufrido nuestro ejército en la presente guerra, si se sabe de antemano el número de encuentros que ha tenido con el enemigo, porque precisamente ha dado la casualidad de que cada batalla ha sido una derrota, habiendo habido algunas que solo han durado minutos. Pero si bien han sido desgraciados nuestros militares en los hechos de armas, no han sido pocos en dar proclamas, manifiestos y exposiciones al público, pues en esta parte literaria seguramente que nuestro ejército no tiene igual en el mundo. Generales ha habido que han proclamado a sus tropas al encargarse del mando; las han proclamado al salir de cada una de las ciudades o pueblos de su tránsito, y aun al levantarse de la cama han dirigido también una proclama a sus valientes compañeros de armas. Coroneles que han abandonado sus cuerpos en el campo de batalla, no han perdido por estos sus empleos, pues con dar un manifiesto a la nación para justificar su conducta, todo se ha arreglado; y por último, hasta los oficiales subalternos que han sido acusados por sus jefes de haber desertado de sus banderas en el momento de una acción, se han dirigido también al público negando el hecho, o suplicándole que suspenda su juicio mientras reúnen las pruebas, que publicarán para que su *honor* quede puro y sin manchilla. Todos estos juicios suspensos, que no son pocos,

han quedado por supuesto en tal estado por muchos años, y quedarán probablemente así hasta la consumación de los siglos.

En medio de todo ese barullo y desorden, que llevamos explicado, no faltan en el ejército mexicano hombres que tienen toda la instrucción y todo el pundonor que es indispensable para la noble profesión de las armas; pero unos se han retirado, disgustados por el mismo desorden que se ha introducido en el ejército, o porque no han podido tolerar el verse continuamente postergados, por hombres sin más título que un inmerecido favor de parte del gobierno; y los otros que han continuado en el servicio, han tenido cada día nuevos motivos para disgustarse con su profesión y solo han continuado en ella por no tener otro recurso para subsistir.

En efecto, si bien se examina, no hay aquí ningún estímulo para el oficial inteligente y pundonoroso que quiera fielmente cumplir con sus deberes. En primer lugar, no se da nunca el mando de un cuerpo al oficial de más saber y honradez, sino al que mejor sabe adular al gobierno y ganar su confianza. Por esto es que, el oficial que no es adulador ni revolucionario, aunque se haya encontrado en cien batallas y conducídose decentemente, no puede adelantar nada en su carrera. El oficial que no adula, ni tiene favor, ni tiene tampoco su paga corriente, y se ve obligado a vender sus haberes, en un cuatro o cinco por ciento de pago, por el descrédito en que a consecuencia de tanto desorden ha caído toda la deuda del gobierno. Luego, en el parte que da cualquier general de una acción de guerra, recomienda del mismo modo al oficial que estuvo firme en el peligro cumpliendo con su deber, como al cobarde que, durante la acción, fue a esconderse detrás de las cargas, y estuvo tal vez algunas leguas distante del campo de batalla.

Esta falta de toda verdad y de toda justicia desalienta naturalmente a todos los buenos oficiales, o los convierte tal vez en malos, porque de este modo no existe el gran resorte de todas las acciones humanas, que es la esperanza de un premio, o el temor de un castigo.

Además, en todos los países regularmente organizados, el oficial que muere en campaña, sabe que deja asegurada la subsistencia de su familia bajo la protección del gobierno, y si queda inutilizado, tiene también seguro un asilo donde pasar el resto de su vida cómoda y decentemente. En México no es así, porque aunque existe de nombre la institución para los inválidos, y el monte-pío para las viudas de los militares, el que queda inutilizado puede estar seguro de perecer en la indigencia, mendigando su subsistencia de la caridad pública; y si muere, su familia será indudablemente víctima de la miseria o de la prostitución, que es consiguiente, y su cadáver servirá de pasto a las aves o a las fieras, porque frecuentemente, si no siempre, queda tendido en el campo de batalla, sin que nadie cuide de darle sepultura.

En vista de todo esto, fácil es conocer que un ejército cuya mayoría de oficiales está compuesta de hombres ignorantes y corrompidos, y donde el oficial de instrucción y de honor no tiene ningún estímulo para cumplir con su obligación reunía en sí mismo todos los elementos para arruinar al país que lo sostenía, y ninguno para defenderlo de una invasión extranjera. Creemos, por consiguiente, que la vergüenza de que se ha cubierto el ejército en la lucha actual, no se puede con justicia atribuir

a defectos especiales de la raza mexicana, porque es seguro que cualquier ejército del mundo, montado bajo el mismo pie de desorden y de desmoralización, presentaría indudablemente en igual caso los mismos resultados. Una prueba de esta verdad es el empeño con que en todas partes se cuida de mantener la moralidad y la disciplina en los ejércitos, castigando con penas muy rigurosas la más leve falta, porque es un axioma el de que “sin disciplina no hay ejército.”

En los varios encuentros que han tenido nuestras tropas con las del invasor, hemos podido, sin embargo, conocer los pocos buenos jefes y oficiales que teníamos en el ejército; pues unos han quedado muertos en el campo de batalla, otros han sido heridos, y otros, en fin, han sido hechos prisioneros, porque permanecieron firmes en el puesto que exigía su deber, recibiendo del mismo enemigo todas las consideraciones a que es acreedor el oficial honrado y valiente que sucumbe después de haber llenado con lealtad todos sus deberes.

II. CLERO

Pasemos a examinar la situación del clero, quien por ser dueño de la mayor parte de la propiedad raíz de la república, a lo cual debe ese grande y funesto influjo que ha ejercido en la sociedad, parecía natural que tomase con calor la defensa de la nación, o mejor dicho, la defensa de sus mismas propiedades, persuadido de que cualquiera otro gobierno medianamente ilustrado que se establezca en el país, ha de despojarlo de todos esos inmensos bienes, y lo ha de reducir al simple ejercicio de su misión puramente espiritual sobre la tierra. Debía tomar tanto más empeño en contrariar con todos sus elementos los avances del ejército enemigo, porque representando este a un pueblo donde la tolerancia absoluta de cultos en una de las bases fundamentales de su sistema social, era evidente que si México sucumbía en la lucha, el clero aquí no solo debía temer la pérdida de sus intereses, sino también la de ese poder único y absoluto que ejerce sin contradicción en un país como este donde no se tolera el culto de otra religión que la suya.

Por consiguiente, el egoísmo que el clero ha manifestado en una causa que debió considerar como propia, no puede explicarse sino por dos razones: primera, por la ignorancia de sus individuos, que son ciertamente muy inferiores a la difícil época en que les ha tocado vivir, lo cual no les ha permitido prever las consecuencias que más adelante han de sufrir por su conducta torpe y egoísta; y segunda, sobre todo, por la desigualdad que hay en la suerte individual de esa clase privilegiada, pues mientras que una pequeña parte de ella vive en la mayor abundancia, la otra no tiene casi lo necesario para subsistir decentemente. Veamos la desproporción que existe entre las diversas clases que forman el clero, y se convendrá fácilmente en la exactitud de estas observaciones.

El clero mexicano se compone de obispos y capitulares, curas y vicarios, clérigos particulares o capellanes, y religiosos de ambos sexos.

Los obispos y capitulares, que forman lo que se llama el alto clero, se sostienen con el producto de los diezmos, cuya renta, aunque se ha reducido mucho desde

que no son obligados con la coacción civil los labradores, el pago de esa contribución todavía es bastante considerable. Se calcula por personas inteligentes que la renta del arzobispo de México asciende hoy a unos cincuenta mil pesos anuales, y que la del obispo más pobre de la república no baja de diez mil. Como la parte de diezmos que se separa para el arzobispo y obispos es menos de la mitad de su producto, puede ya calcularse que el resto proporciona una no despreciable renta a los canónigos o capitulares.

Mientras que en las grandes ciudades, como México, Puebla, Guadalajara, Querétaro, Orizaba y otras, hay multitud de clérigos que no son necesarios para nada, y mientras que los obispos y canónigos pasan en ella su vida cómoda y regaladamente, exentos de molestias, y gozando de todos los placeres que proporciona la abundancia, los curas y vicarios, que son los que verdaderamente prestan servicios más positivos a la religión, llevan, con pocas excepciones, una vida llena de trabajo y aun de miserias. Copiaremos aquí lo que dice el Dr. Mora acerca de los curas en su obra de “México y sus revoluciones”, porque ciertamente nada mejor pudiéramos nosotros decir para hacer ver la situación de esta parte importante del clero.

“Los curatos de México, dice, aun los más cómodos, son siempre de una extensión considerable, que hace penosa la administración de los sacramentos y las funciones parroquiales. Un párroco no tiene hora segura ni momento de descanso, puesto que puede ser llamado en la que menos lo piensa, a una distancia considerable, en medio de las lluvias más fuertes, de los rayos abrazadores de la zona tórrida, o de los rigores del frío, a la asistencia de un enfermo: él tiene que hacer los entierros, bautismos y casamientos, llevar las partidas de todo esto, y no puede ni aun lo que todos, descansar el día festivo, en que le carga sobremanera el trabajo, por la necesidad de caminar ayuno muchas leguas para dar misas en puntos colocados a grandes distancias los unos de los otros: su comodidad y aun su salud están reñidas con sus funciones, y sobre él carga exclusivamente todo el peso del ministerio sacerdotal. ¿Y cuál es la recompensa de tantas fatigas, de tan útiles y multiplicadas tareas? Una dotación mezquina en la sustancia y onerosa en el modo de hacerla efectiva, pues quien dice derechos parroquiales, dice todo lo odioso que puede haber en una contribución. Los párrocos no tienen otra dotación que lo que perciben por entierros, bautismos y casamientos: todo lo demás, como funciones, cofradías, misas &c., es eventual y depende de la voluntad de los fieles, con lo que no se puede contar, y mucho menos en el día, por haber disminuido notablemente la afición a estas prácticas.”

Los clérigos particulares son los que no están adictos a ningún servicio especial eclesiástico, y son conocidos bajo el nombre de *capellanes*, porque subsisten o deben subsistir del rédito de unos capitales fundados por donaciones de particulares con ese objeto, llamados *capellanías*. El valor total de esas fundaciones es muy considerable en la república, pues forma la parte principal de las obras pías, que, según los cálculos más bajos, ascendían en el año 1804 a ochenta millones de pesos. Sin embargo, la distribución de esos capitales es en extremo mezquina, porque cada *capellanía* es de tres mil pesos, cuyo rédito de ciento cincuenta pesos anuales, no es

con mucho suficiente para que pueda sostenerse con alguna decencia un clérigo en México, donde esa pequeña suma no alcanza ni para los precisos alimentos. La concesión de estas capellanías es una atribución del arzobispo u obispos en sus respectivas diócesis, y de cuya facultad se abusa premiando a sus favoritos, en términos que hay algunos clérigos y aun no clérigos que disfrutan los réditos de cuatro, seis o más *capellanías*, mientras que otros no tienen sino una. Estos últimos, que son los más, pasan su vida con muchas privaciones, y solo pueden completar lo que necesitan para su subsistencia con algunas limosnas que reciben de varios particulares, con el fin de que apliquen cierto número de misas a tal o cual objeto piadoso; cuyas limosnas son cada día más escasas, por la pobreza general, y por otras causas que no es de este lugar el referir.

Respecto de las corporaciones de religiosos de ambos sexos, aunque hay algunas que son verdaderamente pobres y viven de la caridad pública, la mayor parte de ellas son bastante ricas, y sus inmensos bienes forman una parte muy principal de la riqueza del clero en la república. Sin embargo, la suerte individual no es más feliz en los conventos ricos que en los pobres, pues en todos ellos son pocos los que gozan de las riquezas porque las manejan, y al resto solo se le da lo necesario para vivir más o menos pobremente.

En los conventos de frailes, por ejemplo, los que gozan son el provincial, el prior y los que tienen a su cargo la administración de los bienes del convento; pero el resto de la comunidad no tiene más que su celda, su comida en refectorio, y una que otra limosna que recibe para aplicar algunas misas. En los de monjas, por muy rico que sea el convento, no se da a cada monja para sus gastos más que cuatro o cinco pesos semanariamente, cuya miserable renta es de advertir que no sale de los fondos del convento, pues no es más que un mezquino rédito del capital que cada una de ellas introduce al entrar en la congregación. En estos conventos de monjas, los que realmente disfrutan de sus riquezas, son los mayordomos, a quienes desde luego se les da una buena casa del mismo convento para que la habiten gratis tienen además una buena comisión sobre el valor de las rentas; y sobre todo, tienen las *buscas* que necesariamente produce la administración de cuantiosos intereses. Disfrutan también en los conventos de monjas el capellán y el sacristán, quienes por prestar a la corporación el servicio sacerdotal, tienen una muy buena renta, y están además continuamente agasajados de todas maneras por las mismas monjas.

Ya se ve por esta relación, que aunque más de la mitad de la propiedad raíz de la república pertenece al clero, el provecho de todas esas riquezas y de los abusos consiguientes solo lo disfruta una parte de esta clase privilegiada, mientras que el mayor número de sus individuos tiene apenas lo necesario para subsistir; y que mientras una parte soporta todo el desempeño del ministerio sacerdotal, la otra vive en la holganza, pasando la *vita-bona*. Esta desigualdad, procedente de la misma institución, y sostenida y fomentada por el favoritismo que existe en los gobiernos eclesiásticos de las mitras, engendra naturalmente disgustos y aun odios entre las personas de la misma clase, lo cual destruye esa unión y ese espíritu de cuerpo, que es lo que da gran fuerza y poder a toda sociedad o corporación. La unión y el

espíritu de cuerpo solo pueden existir en una comunidad donde todos gozan con alguna igualdad de sus ventajas; pero ¿cuál es el interés que pueden tener en la conservación de los abusos, y de la gran riqueza amontonada en beneficio de solo unos cuantos individuos del clero, los que nada participan de aquellos ni de ésta? ¿Qué interés directo tendrá, por ejemplo, un cura en que se continúe el cobro de los diezmos, o en que se conserven esas cuantiosas riquezas de los conventos de monjas y de frailes? Ninguno por cierto, porque ninguna parte tiene él en ellas, así como tampoco lo tiene el clérigo particular.

No se crea por esto que nuestra intención sea de ninguna manera la de defender al clero por el frío egoísmo que ha manifestado en la lucha actual de la nación. Las observaciones que llevamos hechas, solo tienen por objeto demostrar que no habiendo unión en todo el clero de la república, ni pudiendo haberla por la desigualdad que existe en la suerte de sus individuos, no ha podido haber tampoco en todos ellos el mismo estímulo para obrar en combinación en la defensa de la misma causa. Ha sido también nuestro objeto demostrar, que no todo el personal del clero, sino una parte, la más pequeña de él, es la que con justicia puede llamarse criminal por su indiferentismo en la presente contienda.

El crimen existe única y principalmente, a nuestro modo de ver, en los individuos que componen el llamado clero alto, y en todos los demás que comercian y medran con el manejo de esos inmensos bienes, que tan impropriamente se denominan de la Iglesia. Estos hombres no son solamente criminales por su egoísmo en las presentes circunstancias, sino que son en mucha parte el origen de todas las desgracias de la nación. Ellos se han apoderado alternativamente del personal de todos nuestros gobiernos desde que se efectuó la independencia, para impedir que se haga ninguna reforma fundamental que pusiera en peligro su absurdo poder. Ellos han ejercido su perverso influjo en la sociedad, para mantenerla estacionaria, ignorante y embrutecida, porque así únicamente podían seguir gozando tranquilos de todos sus abusos y privilegios. Ellos han empleado una parte de esas riquezas que dicen ser de Dios y para el culto de Dios, en fomentar la inmoralidad de la nación, provocando diversas revoluciones para derrocar todo gobierno que no convenía a sus miras siempre interesadas. Ellos hicieron todo cuanto estuvo de su parte el año próximo pasado, de acuerdo con el general Paredes, para plantear aquí la monarquía con un príncipe europeo, y ya soñaban ver restablecido su cristiano tribunal de la inquisición para poner en juicio a todos los mexicanos que no quisieran someterse humildemente a su poder. Ellos, en fin, cuando las casas y los templos de Veracruz caían desplomados, en Marzo último, por los fuegos del ejército invasor, y cuando centenares de mexicanos morían en los campos de la Angostura defendiendo el honor nacional, presentaban en la capital de la república el escandaloso espectáculo, provocado y sostenido con el dinero de la Iglesia, de que se mataran los mexicanos unos a otros en defensa, no de la religión que ellos no profesan y a quien nadie atacaba, sino en defensa del dinero que les pedía el gobierno para sostener la guerra, y que ellos no querían dar, porque el dinero es el grande objeto de su culto y adoración.

Nosotros, por consiguiente, muy lejos de tener la idea de disculpar a esa parte que forma la aristocracia del clero, detestamos sus miras mundanas, su sórdida avaricia, y su maléfica influencia en nuestra sociedad; y solo podemos comparar el odio que le tenemos, con el respeto y la veneración que nos inspira el sacerdote modesto, virtuoso e ilustrado que profesa sin hipocresía ni ostentación la verdadera religión del Crucificado.

Nos limitaremos por lo tanto, siguiendo el fin que nos hemos propuesto en este escrito, a rechazar únicamente la opinión de que la conducta de esta parte del clero aquí, sea un defecto peculiar de los mexicanos, porque todo hombre que no es absolutamente ignorante, sabe muy bien que la historia del clero en todo el mundo, desde que, no limitándose a su carácter místico, se convirtió en cuerpo político, es la historia del egoísmo y de todo género de maldades cometidas bajo el sagrado nombre de la religión; y que si bien procura siempre sacar cuantas ventajas puede de una sociedad, no quiere nunca sacrificar por ella nada de lo que ya tiene adquirido.

III. EMPLEADOS

Respecto de la clase de empleados, su historia es bastante parecida a la de los militares. En el perpetuo desorden y desbarato de nuestros gobiernos, se han dado con la mayor profusión los empleos, por obsequiar la recomendación de este o el otro personaje, o para premiar los más despreciables servicios prestados a alguno de los individuos del gobierno. Nunca, o muy raras veces, se ha consultado para dar un empleo, a la honradez o a la capacidad del agraciado, pues lo que únicamente se ha visto es, que la persona que lo recomienda tenga algún influjo, en cuyo caso queda desde luego colocado el pretendiente sin más averiguación. Muchos casos ha habido también de empleos ya de alguna importancia que se han conseguido dando algunas sumas a los que se han hallado inmediatos al gobierno y gozando de su favor.

De esa facilidad en conceder empleos, resulta que en las oficinas de las rentas públicas hay multitud de empleados que no solamente ignoran la gramática de su propio idioma y aun la aritmética, sino que no saben ni escribir medianamente. Respecto de moralidad, son tan multiplicados como escandalosos los ejemplos de empleados que han hecho inmensas fortunas, abusando de la confianza que el gobierno depositó en ellos indebidamente. La desmoralización en esta clase está ya tan bien organizada, y tan bien recibida en la sociedad, que ya nadie se escandaliza de ver que un empleado que solo cuenta con un sueldo de dos o tres mil pesos anuales, compre haciendas, monte su casa con los más exquisitos y costosos muebles, y sostenga a su familia con un lujo extraordinario. Nada de esto llama a atención porque son innumerables los casos, y ya el público está acostumbrado a ver que, con muy contadas excepciones, todos los empleados que tienen algún manejo de las rentas de erario, gastan tres o cuatro veces más que su sueldo.

A pesar de toda esa escandalosa desmoralización y de esa ineptitud de la mayor parte de los empleados, el gobierno, aunque quiera, es impotente para poner el

remedio. Según las leyes que rigen en la república, el empleado que obtiene su despacho del gobierno, adquiere en el empleo que se le da una *propiedad*, de la cual nadie, ni aun el mismo gobierno, puede ya despojarlo sin previa formación de causa. Esta condición, en el estado que guarda la administración de justicia en el país, equivale a tanto como decir que los empleados pueden hacer todo lo que les acomode, bien seguros de que jamás han de ser despojados de sus destinos.

Ha habido, sin embargo, algunos casos de empleados que han sido destituidos violentamente por el gobierno; pero esas destituciones han sido siempre momentáneas, y poco tiempo después se les ha repuesto en sus empleos por la debilidad que caracteriza a todos nuestros gobiernos. Por otra parte, el empleado despojado, por más justos que hayan sido los motivos que tuvo el gobierno para su despojo, es siempre bien recibido en el partido de la oposición, cuyos periódicos comienzan desde luego a clamar contra el *atentado horrible* que ha cometido el gobierno atacando la *propiedad* de un empleado, sin respetar las fórmulas que establecen las leyes. A ese gobierno que tal hizo se le llama arbitrario, despótico, tiránico, y se emplean contra él, en fin, los más groseros epítetos y aun las calumnias más infames con el objeto de desconceptuarlo, y hacerlo aparecer como un criminal en un acto tal vez de la más rigurosa justicia. Y como el gobierno representa siempre la parte más débil de la sociedad, y como nunca les falta a los individuos que lo componen algunos motivos para temer los ataques de la prensa, el único modo de acallar ese insufrible grito, es reponer en su destino al empleado agraviado, y no volver a pensar en destituirlo, aunque de los mismos o peores motivos para ello.

Por lo dicho parecerá que lo mejor a que pueda aspirarse en México, es a ser empleado del gobierno, y en efecto, los empleos serían unas verdaderas canongías, si no fuese porque el número excesivo de empleados ha perjudicado a la clase en general. En todos los países donde hay algún orden, no se crea más que el preciso número de empleados para el servicio de las rentas; pero en México, donde todo suele andar al revés, se crean las rentas para los empleados. El abuso de dar empleos ha sido tal, que, además del crecido número de ellos que se necesita para cada oficina por su complicado sistema de contabilidad, hay muchos destinos que cuestan al erario cuatro o cinco *sueldos*, pues aunque un solo individuo sirve el empleo, los otros tres o cuatro han sido declarados *cesantes* o *jubilados* con toda su paga, para colocar de este modo a algún favorito del gobierno.

De esto ha resultado necesariamente, que hay más empleados que los que se pueden sostener, y que solo los que tienen algún favor están colocados o agregados en ciertas oficinas, donde reciben puntualmente su paga y aun algo más que su paga, mientras que todos los demás no reciben sino lo muy necesario para vivir miserablemente, o tal vez nada. Esta desigualdad sería siempre injusta y odiosa aunque se cometiese entre personas con iguales títulos; pero es mucho más odiosa cuando, como sucede comúnmente, los empleados favorecidos con tales preferencias no son los de más honradez, servicios y capacidad.

Por todas estas razones, puede verse que en la clase de empleados, lo mismo que en la milicia y el clero, no existe ni puede existir espíritu de cuerpo, y que por

consiguiente, aunque es bastante fuerte para causar males de mucha trascendencia en la sociedad, no hay en ella el estímulo de interés individual que pudiera hacer obrar unidos a todos los que la componen, ni aun en defensa de los mismos abusos de que subsisten.

IV. CONCLUSIÓN

Hemos concluido la triste descripción del estado en que se hallan todas las clases de la sociedad de la república, y es por cierto un trabajo muy molesto, sobre todo para un mexicano, el hacer la pintura de su patria sin poder presentar nada lisonjero. Escribimos, sin embargo, en México, delante de miles de testigos; y muy lejos de temer ser desmentidos, estamos seguros de haber omitido muchos tintes, que harían todavía más negro y horrible el cuadro de nuestra desgraciada situación. Mucho celebraríamos el habernos equivocado, porque somos mexicanos, y nada deseamos tanto como ver a nuestra patria feliz y respetada de todo el mundo; pero no por esto nos hacemos ilusiones, y en la pintura que hemos trazado de nuestra sociedad, no creemos haber dicho sino verdades que nadie puede negar, porque están visibles para todo el que quiera ver sin pasión ni alucinamiento la realidad de las cosas.

Por lo tanto, parece por demás inútil el que los escritores extranjeros se calienten la cabeza, buscando en la *afeminación o degradación de la raza mexicana*, ese indiferentismo que ha manifestado esta nación en la guerra actual, así como es ridículo el que los mexicanos se empeñen ahora en hacerse inculpaciones unos a otros por lo que ha sucedido. Nosotros, por nuestra parte, creemos que todo está explicado en estas breves palabras: En México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional porque no hay nación. En efecto, si una nación no puede llamarse tal, sino cuando tiene en sí misma todos los elementos para hacer su felicidad y bienestar en el interior, y ser respetada en el exterior, México no puede propiamente llamarse nación.

En vano se dirá que la república mexicana ha poseído un inmenso territorio de más de ciento veinte mil leguas cuadradas, bañado por dos grandes mares, con multitud de ríos navegables, con los más variados climas, donde pueden hacerse producir todos los frutos del globo, con terrenos vírgenes, cuya asombrosa fertilidad da al labrador hasta el ciento por uno de sus siembras; y donde, en fin, para colmo de la riqueza con que ha sido privilegiado este suelo, se encuentran grandes cerros y montañas llenos de los más preciosos metales. Esto probará únicamente, que este país tiene todos los elementos de la naturaleza para ser una nación grande y feliz, y que, andando los tiempos, en esta misma tierra que hoy pisamos, habitará un pueblo que ocupará sin duda uno de los primeros lugares entre las más ricas y poderosas naciones del mundo. Pero mientras el fanatismo, la ignorancia y la holgazanería sigan siendo la base de nuestra educación, y mientras no tengamos un gobierno verdaderamente ilustrado y enérgico, que haga todas las mejoras que necesita esta sociedad para sus adelantos, el pueblo mexicano, aunque pisando el

oro y la plata, será un pueblo débil y desgraciado, y seguirá presentando al mundo el despreciable espectáculo de un mendigo extenuado por la miseria y el hambre, y cubierto de harapos, habitando en un hermoso palacio lleno de oro y de toda clase de riquezas, de las cuales no sabe hacer uso ni aun para su propio bienestar y felicidad.

Una nación no es otra cosa que una gran familia, y para que esta sea fuerte y poderosa, es necesario que todos sus individuos estén íntimamente unidos con los vínculos del interés y de las demás afecciones del corazón. En México no es posible esa unión, y basta para convencerse de ello, echar una rápida ojeada sobre las diversas clases que componen esta desgraciada sociedad. Además, la guerra civil, que ha sido aquí permanente por espacio de treinta y siete años, ha desmoralizado a todas las clases y destruido así el único elemento de orden que tenía este país al hacer su independencia; esto es, aquel respeto y obediencia ciega a las autoridades, que formaba la base del sistema colonial. Ese respeto y obediencia han sido sustituidos por la licencia y el desenfreno más escandalosos. La libertad de imprenta, que es y debe ser en todas partes empleada para ilustrar al pueblo, ha servido aquí para desmoralizarlo y embrutecerlo cada día más. En vez de atacar con energía toda clase de abusos y preocupaciones, en vez de ilustrar las materias más vitales para la sociedad, y procurar con franqueza, lealtad y buena fe las mejoras necesarias para el bienestar y prosperidad del país; los periódicos con pocas excepciones, se han ocupado constantemente en exaltar las más ruines y mezquinas pasiones, y fomentar los odios, extraviando la opinión pública y comerciando así alternativamente con los intereses de las mismas clases que viven de los abusos, y con la ignorancia del público en general.

Por otra parte, en los infinitos gobiernos que se han sucedido unos a otros durante veinte y seis años, los hombres de todos los partidos que han figurado en ellos, se han puesto en evidencia por sus torpezas o por sus maldades. El pueblo se ha acostumbrado a no respetar a sus autoridades, porque en vez de hallar en ellas el ejemplo del saber y de las virtudes, no ha encontrado sino vicios y debilidades. Esto ha dado por resultado, que todos los hombres se odien o se desprecien, y que no haya uno solo de todos ellos que inspire la confianza general, porque en nuestras interminables cuestiones domésticas todos ellos se han manchado más o menos, y han perdido el poco prestigio que tenían, algunos por sus maldades, y todos por la completa incapacidad que han demostrado para dirigir con acierto los negocios públicos, y cortar de raíz los males que sufre la república. El malestar general y permanente de la sociedad ha fomentado, como es natural, los odios más profundos entre sus individuos. Divididas las clases en bandos con tales o cuales principios políticos, cada uno de esos partidos cree o pretende que sus contrarios son la única causa de las desgracias de la nación; y es tal y tan ciego el frenesí con que sostienen sus diversas opiniones, que verían sin duda con menos sentimiento la pérdida total del país, que el triunfo de cualquier partido que no fuese el suyo. En ese torbellino de las pasiones, en esa confusión de palabras puestas en juego por los mismos partidos, la verdad ha desaparecido para dejar su lugar al charlatanismo más despreciable. Cada hombre tiene su plan distinto de los demás, para hacer *a su modo* la felicidad

del país; y en medio de semejante algarabía, la república mexicana presenta el curioso espectáculo de que, aunque todos los hombres hablan en ella el mismo idioma, nadie se entiende, y los únicos que sacan ventaja de tal situación, son aquellos que sin tener ninguna opinión política, se han formado su subsistencia especulando sobre el mismo desorden general.

Por todas estas razones, los mexicanos están ciertamente más separados y más lejos de poderse entender entre sí, que los habitantes de San Petersburgo con los del Cabo de Hornos. Casi no hay dos hombres que estén de acuerdo en sus opiniones políticas; porque aunque lo estén en tal o cual fin, no lo están en los medios de conseguirlo. ¿Que clase de resistencia puede oponer un pueblo que se encuentra en ese estado de disolución? Ninguna ciertamente; y en vano es, repetimos, el que se quiera buscar la causa de la desgracia de esta república en defectos especiales de su raza, porque, como dijimos al principio de este escrito, la causa no es otra sino su viciosa educación y peor organización. México ha sucumbido del mismo modo que han sucumbido antes, y sucumbirán siempre, todos los pueblos que estén tan mal educados y gobernados. Muchos son los ejemplos que hay de esta verdad en la historia del mundo; y la desgracia que ha sufrido ahora la república mexicana, es una nueva y severa lección para todas las naciones, y que deseamos muy particularmente que no sea perdida para las otras repúblicas sudamericanas, por la semejanza que hay entre ellas y ésta, respecto de su origen, de su educación y aun de sus mismos defectos sociales.

Podrá decirse tal vez, que es vergonzoso para los mexicanos, el que a los veinte y seis años de consumada su independencia no hayan podido todavía constituirse de una manera estable y conveniente, y que lejos de haber prosperado gobernándose por sí solos, se presenten hoy a la vista del mundo más pobres, más divididos, y por consiguiente, más débiles que el día que sacudieron el yugo colonial.

Este cargo no carece de fuerza aparente, y por eso es que oímos repetir con bastante generalidad, que los mexicanos no tienen la capacidad necesaria para gobernarse por sí mismos; adelantándose no pocos hasta asegurar, que esa incapacidad no puede remediarse, porque procede, según unos, de influencias del clima, y según otros, de defectos de su organización física. Nosotros rechazamos con todo el desprecio que merecen tan absurdas opiniones, y no tememos calificarlas de tales, porque estamos íntimamente convencidos, de que todo lo que ha sucedido en México, desde que se hizo la independencia hasta hoy, es exactamente lo mismo que debió suceder, sin que en ello hayan tenido ninguna parte esos defectos que se atribuyen a la raza mexicana; por el contrario, si se quieren examinar con imparcialidad, los elementos sociales con que comenzó México su carrera como nación independiente, será preciso convenir en que cualquiera otro pueblo, con los mismos elementos, habría ya escandalizado al mundo con los espectáculos más sangrientos y horrorosos.

Todavía se repite a cada momento en México como una sentencia profética, lo que decía el oidor Bataller cuando se efectuó la independencia. “No puede darse, dijo, a los mexicanos mayor castigo que el de que se gobiernen por sí solos.” Y por cierto que no debió devanarse mucho los sesos aquel buen oidor para pronunciar

tan terrible sentencia, porque bastaba conocer algo la población de la Nueva España para predecir, que gobernándose por sí sola, había de ser desgraciada tanto tiempo cuanto fuese necesario para que desapareciesen todos los vicios y preocupaciones que quedaban fuertemente arraigados en su educación y sus costumbres.

En efecto, ¿cuál era la sociedad de México al hacer su independencia? Separando los cuatro millones o más de indios, porque éstos, en su estado semisalvaje apenas pueden considerarse como parte de la sociedad, ¿cuáles eran la educación y las costumbres de la otra parte que se llamaba ilustrada? En primer lugar, debe decirse que de los tres millones poco más o menos que había en México de la raza europea y mixta, las diez y ocho vigésimas partes no sabían leer ni escribir, y ya con solo esto puede formarse una idea de que este país y su población no pertenecían de ninguna manera al mundo civilizado. Dominaba en esta sociedad un clero falto en lo general de instrucción y de virtudes pero suficientemente astuto y avaro, que en trescientos años de fanatismo se había hecho dueño de la mayor parte de la propiedad raíz de la nación; un clero que, además de la influencia que ya gozaba con la posesión de sus inmensas riquezas, tenía monopolizada la educación de la juventud en los colegios, en los púlpitos y en los confesionarios, donde infundía todas las ideas que eran conducentes a asegurar cada día más su poder; y no contento con esto, se introducía en el seno de las familias para observar y dirigir aún las más secretas acciones de la vida privada, convirtiéndose así en un censor de todas sus operaciones, y abusando no pocas veces de la confianza que por su carácter se le acordaba, para cometer los actos reprobados por la moral y la religión; un clero, por último, que se creía con el derecho de influir y aun dirigir todos los negocios públicos, y que a la vez tenía la pretensión de no depender para nada del gobierno, ni de la nación misma, porque con pretexto de su misión *divina* sobre la tierra, se consideraba independiente de todo poder humano. Muy fácil era prever que un país a quien se dejaba por herencia una institución tan monstruosa, tenía ya con solo eso bastante para ser desgraciado por mucho tiempo, pues el poder de esa clase privilegiada, fundado sobre la ignorancia y las preocupaciones del pueblo en general, es un poder tremendo, que solo puede desaparecer con la ilustración, y ya se ve que el educar de nuevo a un pueblo y hacerle cambiar sus costumbres, no es obra de pocos años, *máxime* cuando el mismo clero trabaja incesantemente para impedirlo.

Bajo la influencia del clero, aprendieron los mexicanos a creer que la religión no consistía en la práctica modesta de la virtud; sino en vanas exterioridades: aprendieron a creer que no podía haber un hombre de bien, ni una mujer honrada, si no concurrían con frecuencia a la iglesia, aunque para ello desatendiesen su casa y su familia. El hombre que tenía su casa llena de imágenes de santos, y que iba a oír misa todos los días y se confesaba y comulgaba a menudo, era tenido por un hombre ejemplar, aunque en lo privado estuviese entregado a los vicios más vergonzosos. De este modo, la hipocresía estaba canonizada en México como la primera de las virtudes, y la franqueza era castigada como un vicio. Bien convencido el clero de que con la civilización habían de venir por tierra todos los abusos en que se fundaba su poder, infundía al pueblo un odio profundo hacia los extranjeros, haciendo

creer al vulgo que todos ellos eran herejes. De tal manera había procurado difundir estas ideas en el pueblo, que al hacerse la independencia, la multitud del populacho creía que como herejes y brujos los extranjeros tenían rabo.

El pueblo bajo de las principales ciudades de la república estaba sumergido en la más espantosa miseria, resultado preciso de la abyección y embrutecimiento en que se le mantenía. Acostumbrado a una vida holgazana y vagabunda, sus diversiones favoritas eran los toros, las procesiones religiosas, que eran casi diarias, las romerías, las novenas, y por último, los garitos y las tabernas, donde pasaba el tiempo entregado al juego y a la embriaguez. Ya se ve que un pueblo dedicado a tales ocupaciones, era un pueblo miserable y degradado, falto siempre de recursos, no solo para alimentarse, pero ni aun para cubrir su desnudez. Esta clase de pueblo formaba, sin embargo, las tres cuartas partes de las grandes poblaciones de la Nueva-España al hacerse independiente.

Las clases acomodadas del país, que se componían de algunos condes, marqueses y otros titulados nobles, propietarios, hacendados y comerciantes, no tenían una educación más esmerada, y puede decirse con generalidad que solo se distinguían del vulgo por su vestido y porque sabían leer, escribir y contar con alguna facilidad. Por lo demás, se puede asegurar que no pasaban por sus manos otros libros que los de sus respectivas negociaciones, el calendario, el catecismo del padre Ripalda, el Año cristiano, y uno que otro devocionario. Sobre todo, lo que se llamaba nobleza mexicana, descollaba por su ignorancia particular aun entre la misma ignorancia del público, de manera que los títulos de conde, marqués, mayorazgo &c., eran aquí sinónimos de tonto e ignorante.

No debe extrañarse el que hubiese tanta ignorancia en esas clases, porque para la vida tranquila y monótona que llevaban los habitantes de la colonia, era verdaderamente inútil el saber, sobre todo para los mexicanos, porque toda la dirección de los negocios públicos, y aun los empleos de alguna importancia en la sociedad, eran desempeñados siempre por españoles. Por consiguiente, lo que únicamente tenían que aprender los mexicanos era a obedecer y callar, sin discurrir jamás en política y mucho menos en materias religiosas, pues esto era muy peligroso por aquello de que *con el rey y la inquisición, chitón*. Para una vida tan puramente vegetal, la instrucción y el saber estaban muy por demás, y lo único que se necesitaba, era dinero suficiente para satisfacer los mayores goces posibles de la vida material.

En general, los españoles que venían a establecerse en la colonia, eran honrados y trabajadores, pero demasiado fanáticos e ignorantes, de modo que no podían inspirar a sus hijos otras ideas que las que ellos mismos tenían. Bueno hubiera sido, sin embargo, que les hubiesen enseñado sus buenas costumbres y su amor al trabajo; pero lejos de eso tenían casi todos ellos la necia manía de educar a sus hijos para *caballeros*, haciéndoles estudiar en los colegios, comprándoles alguna capitania en el ejército, o colocándolos en alguna oficina del gobierno, porque tenían su orgullo en que sus hijos no trabajasen como ellos. De estas equívocas ideas, infundidas en la educación, procede ese desprecio que tienen la mayor parte de los mexicanos, en la clase que se llama *decente*, por el comercio, la agricultura y todas las artes útiles.

De tales ideas proceden también el aspirantismo y la empleomanía, que tantos males han causado y seguirán todavía causando a esta sociedad.

La clase más ilustrada que había en México, era aquella porción de hombres que tenían alguna profesión científica, como abogados, médicos, &c.; pero aun éstos estaban muy lejos de poderse considerar como hombres ilustrados. “En los colegios, dice Zavala, se enseñaba la latinidad de la edad media, los cánones, y se enseñaba la teología escolástica y polémica, con la que los jóvenes se llenaban las cabezas con las disputas eternas e ininteligibles de la *gracia*, de la *ciencia media*, de las *procesiones de la trinidad*, de la *premoción física*, y demás sutilezas de escuela, tan inútiles como propias para hacer a los jóvenes vanos, orgullosos y disputadores sobre lo que no entienden. Lo que se llamaba filosofía era un tejido de disparates sobre la *materia prima*, *formas silogísticas* y otras abstracciones sacadas de la filosofía aristotélica mal comentada por los árabes. La teoría de los astros se explicaba de mala manera, para poner en horror el único sistema verdadero, que es el de Copérnico, contra el cual se lanzaron los rayos de la inquisición y del vaticano. Ninguna verdad útil, ningún principio, ninguna máxima capaz de inspirar sentimientos nobles o generosos, se oía en aquellas escuelas del jesuitismo. Se ignoraban los nombres de los maestros de la filosofía y de la verdad; y Santo tomás, Escoto, Belarmino, la Madre Agreda, y otros escritos tan extravagantes como éstos, se ponían en manos de la juventud, que desconocía absolutamente los de Bacon, de Berulamio, Newton, Galileo, Loke y Condillac. No se sabía que hubiese una ciencia llamada *economía política*: los nombres de Voltaire, Volney, Rousseau, d’Alambert &c., eran pronunciados por los maestros como los de unos monstruos que había enviado la Providencia para probar a los justos. Las obras de estos y otros filósofos nunca entraban en las costas *hispano-americanas*. Los inquisidores tenían un celo superior a la codicia de los negociantes; y como por otra parte los que hacían el comercio eran todos españoles fanáticos e ignorantes, y con otros medios de ganar, jamás se ocupaban en introducir ninguna obra extranjera que pudiese despertar los celos del clero, ni la animadversión de las autoridades, cuyo principal interés marchaba de consumo con el de la corte para mantener en la abyección y en el embrutecimiento a los habitantes del nuevo mundo, en donde gobernaban sin oposición y se aprovechaban de sus inmensas riquezas.”

A la falta de instrucción que, como llevamos dicho, había en todas las clases de la sociedad mexicana al verificarse la independencia, debemos agregar, que respecto de la ciencia de buen gobierno, y sobre todo, respecto de moralidad en el manejo de los negocios y de los intereses públicos, no eran nada buenos los ejemplos que el gobierno español dejó a los mexicanos. Muy sabidos eran en México los escándalos que pasaban en la corte de Madrid, donde con el oro o con el favoritismo se obtenían toda clase de empleos y consideraciones; y esto no podía ignorarse porque venían a desempeñar varios puestos de importancia algunos personajes que evidentemente no podían tener otro título para conseguirlos. Pero aún cuando esto hubieran ignorado los habitantes de la Nueva España, tuvieron aquí mismo muchos ejemplos a la vista, de la granjería que se hacía del poder virreinal en los tiempos de

Branciforte, Iturrigaray y otros. Todavía se pasean por las calles de México algunos hombres con sus cabezas ya encanecidas, que pueden citar por quien, a quién, cómo y en qué cantidad de pesos se vendieron algunos empleos públicos en esas épocas. También existen todavía muchos testigos que presenciaron algunas francachelas, donde se reunían varios personajes empleados en la administración de las rentas públicas, y disipaban en el juego *secretamente*, centenares y aun miles de onzas de oro. Con pocas excepciones, casi todos los virreyes, oidores y demás empleados de alguna categoría, cuando regresaban a España, después de haber permanecido pocos años en la colonia, iban con sus fortunas ya formadas, más o menos grandes, según eran los destinos que habían disfrutado. Solo el virrey Branciforte, que ya hemos citado, es público que embarcó a su regreso a la Península más de dos millones de pesos. Respecto de la administración de justicia, todo el mundo sabía que la balanza de esta se inclinaba fácilmente a uno u otro lado, no por el peso de las razones, sino por el del oro o de otras consideraciones. Público era, por último, en México, que el que deseaba obtener algo de la corte de Madrid, así como de la de Roma, no conseguía nada, por justa que fuese su solicitud, si no iba ésta apoyada en algunas sumas de dinero, y en buenas recomendaciones para personas influyentes. Para complemento de una mala educación social, en las tumultuarias deposiciones de los virreyes Iturrigaray y Apodaca, quedó a los mexicanos el funesto ejemplo de que podían derrocarse los gobiernos con motines de la fuerza armada.

Fácil era prever que un país como este, donde la holgazanería, los vicios, el fanatismo, las preocupaciones y la ignorancia eran, digámoslo así, la única ciencia aprendida, había de sufrir muchos años antes de poderse constituir convenientemente, tanto más, cuanto que todos los abusos que quedaban fundados sobre la misma ignorancia del pueblo, era claro que habían de luchar encarnizadamente para sostenerse, y que servirían por largo tiempo de un obstáculo insuperable para cualquier nuevo orden de cosas, regular e ilustrado que quisiera establecerse. ¿Podrá, pues con justicia, hacerse cargos a los mexicanos por el estado en que hoy se encuentran?

La obra de la independencia, es decir, el hecho de destruir por la fuerza el gobierno virreinal, era la parte más fácil de aquella atrevida empresa, porque no era más que un hecho de armas, para el cual no se necesitaban verdaderamente sino la audacia y el valor suficientes para combatir. Pero una vez consumado aquel hecho, quedaba por hacer la parte más difícil de la obra, esto es, la regeneración política de la sociedad, la cual no podía operarse sino organizando un gobierno que, sin otra mira que la de procurar el futuro bienestar y prosperidad de la nación, tuviera toda la acción necesaria para educar y moralizar al pueblo; corregir o destruir todos los abusos y privilegios que quedaban del sistema colonial; quitar todo género de trabas a la agricultura y al comercio, únicas fuentes de la riqueza, poder e ilustración de las naciones, y abrir en fin una puerta franca a todos los hombres industriuosos del mundo que quisieran venir a establecerse entre nosotros, bien persuadido de que la primera necesidad de este país desierto es hacer venir a él una cantidad de población activa y laboriosa que, con su acción y movimiento haga fructificar todos los

grandes y ricos elementos que recibió de las manos del Creador de la naturaleza. De este modo, otra sería hoy sin duda la suerte de la república; pero es preciso convenir en que para emprender todas esas reformas, se necesitaban hombres de grande ilustración, que, superiores a todo género de preocupaciones, y con la decisión y el valor que da la conciencia de un buen deseo por la felicidad y engrandecimiento de su propia patria, las hubieran llevado al cabo, sin detenerse ante los mezquinos intereses de particulares o corporaciones, y esta clase de hombres no los había ni podía haberlos en la sociedad de la colonia. Algunos ha habido, sin embargo, que en diversas épocas han intentado varias reformas importantes; pero nada han conseguido, porque los intereses de las clases privilegiadas, por un lado, y las pasiones por el otro, apoyadas en la ignorancia general del público, han obrado en combinación para impedir las, y lo han logrado. Por consecuencia, el país ha ido caminando diariamente hacia su ruina y total aniquilamiento.

No se crea, por la descripción que hemos hecho de la educación y costumbres que tenían los habitantes de Nueva España, que nuestro objeto sea ofender a los españoles ni a su gobierno, pues de ninguna manera hemos tenido tal intención. Nuestra idea única al hacer una relación verdadera de lo que era México cuando hizo su independencia, y lo que ha sido después hasta el día, es presentar a la vista de todos, cuáles son las verdaderas causas porque este país no haya podido hasta ahora gobernarse convenientemente, ni mucho menos defenderse en la guerra actual con los Estados-Unidos del Norte. Confiamos en que, con todo lo que hemos demostrado en este escrito, aunque con la brevedad y concisión que exigen esta clase de publicaciones, conseguiremos nuestro intento; y que consideradas con imparcialidad las únicas causas de sus desgracias, México, lejos de merecer que se le convierta en objeto del menosprecio y de la befa de las demás naciones, es acreedor a aquellos nobles sentimientos que ciertamente debe inspirar un pueblo desgraciado, y cuyas desgracias no proceden, como se pretende hacer creer de defectos peculiares de su raza sino de una reunión de circunstancias funestas que han influido en esta sociedad hasta reducirla al triste estado en que hoy se encuentra.

Por lo demás, nosotros estamos muy distantes de tener la más leve animosidad respecto de los españoles, y siempre hemos visto como un efecto de la más ridícula necedad, los repetidos insultos que de veinte y seis años a esta parte se dirigen recíprocamente mexicanos y españoles. En nuestro concepto, ninguna razón tienen los españoles en querer mal a los mexicanos por haberse independido de la metrópoli, porque el deseo de la independencia es en todos los hombres un sentimiento de la naturaleza, y el seguir sus impulsos no puede calificarse de un crimen. Ninguna razón tienen tampoco los mexicanos para odiar a los españoles, por la mala educación y las malas costumbres que dejaron aquí establecidas, porque es un principio de justicia universalmente reconocido, el de que no debe exigirse a nadie más que aquello que puede dar; y los españoles no podían traer a sus posesiones en América otras ideas ni otras costumbres que las mismas que, por desgracia de la Península, han dominado allí desde el reinado de Felipe II. Por esto es que hemos visto con positivo desprecio, el que en algunos periódicos de Madrid del presente

año, hablando de los triunfos que obtenía el ejército norteamericano en México, y la ninguna o muy débil resistencia que este país le oponía, dijeron sus redactores que *se avergonzaban de tener algo de común con los mexicanos*. Nosotros creemos que sería, mucho más cuerdo el que *nos avergonzáramos todos los que formamos parte de la familia española, al ver el atraso y el malestar en que se hallan todos los pueblos donde se habla el hermoso idioma castellano, tanto en el viejo como en el nuevo mundo, y que en vez de dirigirnos mutuamente insultos que nada prueban, ni a nada bueno conducen, trabajáramos de buena fe todos en nuestros respectivos países para que desapareciesen la ignorancia, el fanatismo y todos los restos de barbarie que hay todavía en ellos*.

En cuanto a la república mexicana, atendida la lastimosa situación en que se halla en este momento, postrada y sin alientos para combatir, con un ejército invasor que se ha apoderado ya de sus puertos, de sus principales rentas y aun de su misma capital, y con un gobierno prófugo que, sin recursos ni prestigio, no puede tener la acción necesaria para sostener de alguna manera el decoro y los derechos de la nación, fácil es asegurar que el desenlace de este triste drama será un tratado de paz. También puede asegurarse que ese tratado ha de ser altamente perjudicial y vergonzoso para México, y que con él hemos de perder una gran parte de nuestro territorio para indemnizar al enemigo vencedor, de los gastos de la guerra que nos ha hecho la gracia de traernos. Concluido que sea ese tratado, puede igualmente asegurarse que la independencia nacional será desde entonces entre nosotros, no ya solamente una palabra vana, sin sentido propio, sino una burla, un verdadero sarcasmo. Porque ciertamente que después del espectáculo que hemos presentado de nuestra debilidad, o digamos mejor, de nuestra impotencia, nuestra vida política, como nación, será cada día más precaria e insubsistente.

Con tan triste convencimiento, nos limitamos ya hoy a desear que todos los ultrajes y quebrantos que hemos sufrido en esta guerra, produzcan un desengaño saludable en todos los mexicanos; y que, sobre todo, los hombres que tienen algún influjo en la sociedad y que por consiguiente tengan parte en la dirección de los negocios públicos, se convenzan de que es indispensable el que varíemos de rumbo, porque el seguido hasta aquí, nos conduce evidentemente a un próximo abismo. Si esto se consigue, la guerra, aunque ha sido un gran mal en lo presente, sería sin duda un bien para el porvenir, y la sociedad se indemnizaría ampliamente más adelante de todos los daños que hasta ahora ha recibido. Podríamos al menos alimentar la esperanza de que nuestro país, aunque fuertemente disminuido ya en su territorio, gobernándose bajo un sistema bien entendido de libertad e ilustración, figuraría pronto de otra manera que hoy entre las demás naciones civilizadas; y que en lo venidero, nosotros o nuestros hijos, en vez de andar como andan hoy los mexicanos en los países extranjeros, con la cabeza inclinada, negando su origen o ruborizándose al decirlo, podríamos pronunciar sin avergonzarnos el nombre de nuestra patria.

Pero si, como lo tememos mucho, nada hemos aprovechado de la dura lección que ahora hemos recibido; si hemos de seguir en todo como antes; si han de seguir prevaleciendo los ruines intereses del país; si el ejército y los empleados, en vez de

ser los servidores de la sociedad, han de continuar siendo sus tiranos y verdugos; si el clero ha de seguir influyendo en la política del país para mantenerlo estacionario; si el gobierno ha de continuar tratando únicamente de pasar como pueda el día hoy, sin pensar jamás en el de mañana; si la administración de justicia ha de caminar como hasta aquí, y los criminales han de seguir paseándose triunfantes en la sociedad; si la industria y el comercio, en lugar de ser protegidos, han de seguir siendo castigados con pesadas e injustas gabelas para mantener a la multitud de holgazanes que quieren vivir sin trabajar; si la deuda pública, en vez de recibir un arreglo que la convierta en un elemento de orden y prosperidad, ha de seguir en el caos en que hoy se halla para satisfacer la codicia de avaros y miserables especuladores; si han de continuar reinando las mismas mezquinas ideas que hasta ahora hemos tenido respecto de los extranjeros, para que jamás puedan establecerse francamente entre nosotros, ni tomar interés alguno en los adelantos y mejoras del país; si hemos de continuar, en fin, con nuestros acostumbrados *pronunciamientos*, quitando y poniendo gobiernos cada tres meses para satisfacer a todos los descontentos que se han propuesto vivir del desorden, y cuyo número se ha de ir aumentando prodigiosamente en vista de la impunidad que gozan aquí los perturbadores de la paz pública; entonces será absolutamente necesario que todos los mexicanos sensatos y que tengan algo que perder, se convenzan de una verdad, por muy triste que ella en sí sea. Esta verdad será, que no podremos marchar solos como nación, y que necesitaremos, a lo menos por algunos años, el apoyo o la intervención armada de alguna nación extraña. Una vez persuadidos de esa verdad, la única cuestión que debería ventilarse, sería si nos convendría más que aquel apoyo fuese de los Estados Unidos del Norte, por sus principios democráticos o de alguna de las monarquías europeas. ¡Quiera el cielo que después de todas las calamidades que ya hemos sufrido tengamos el buen juicio necesario para que no lleguemos a buscar aquel humillante extremo como el único medio de salvación!

Varios mexicanos.
México, Diciembre de 1847.

México
Valdés y redondas, impresores,
Calle de las Escalerillas número 2.
1848